

# Los Señores Burke & Hare (Asesinos)

por

Marcel Schwob



**E**l señor William Burke se levantó desde la condición más baja a un eterno renombre. Nació en Irlanda y se inició como zapatero. Ejerció su oficio en Edimburgo durante varios años. Allí se hizo amigo del señor Hare, sobre el cual tuvo una gran influencia. En la colaboración de los señores Burke y Hare no existe la menor duda de que la potencia inventiva y simplificadora no haya pertenecido al señor Burke. Pero sus nombres permanecen inseparables en el arte como los de Beaumont y Fletcher. Vivieron juntos, trabajaron juntos y fueron aprisionados juntos. Hare no protestó nunca contra el favor popular que fué dispensado especialmente a la persona de Burke. Un tan completo desinterés no ha recibido su recompensa. Es Burke el que ha legado su nombre al procedimiento especial que honró a los dos colaboradores. La palabra "Burke" vivirá mucho tiempo aún en los labios de los hombres, hasta que la persona de Hare haya desaparecido en el olvido que se derrama injustamente sobre los trabajadores oscuros.

Burke parece haber aportado a su obra la fantasía feérica de la Isla Verde en la que había nacido. Su alma debía estar colmada de antiguas leyendas. Hay, en lo que hacía, algo como el lejano y viejo perfume de las "Mil y una Noches". Semejante al califa, errando a lo largo de los jardines nocturnos de Bagdad, Burke anhelaba misteriosas aventuras. Provocaban su curiosidad los relatos desconocidos y las personas extrañas. Parecido al gran esclavo negro armado de una pesada cimitarra, no encontraba objeto más digno de su voluptuosidad que la muerte de los otros. Pero su originalidad anglo-sajona consistía en que conseguía sacar el mayor provecho posible de sus fantaseos de celta. Cuando su goce artístico había terminado, ¿qué hacía, decidme, el esclavo negro, con aquellos a quienes les había cortado la cabeza? Con una barbarie enteramente oriental, los descuartizaba y hacía picadillo, para conservarlos, salados, en un subscoto. ¿Qué provecho obtenía con esta operación? Ninguno. El señor Burke fué infinitamente superior.

En cierto modo, el señor Hare le servía de Dinazarda. Parece que el poder de invención de Burke era especialmente estimulado por la presencia de su amigo. La ilusión de sus sueños le permitía servirse de un tugurio para alojarse en él suntuosas visiones. Hare vivía en una pequeña pieza, en el sexto piso de una casa muy habitada de Edimburgo. Un canapé, una gran caja y algunos utensilios para su toilette, componían casi todo el mobiliario. Sobre una mesita, una botella de whisky y tres vasos. Por regla general, el señor Burke no recibía más de una persona a la vez y jamás la misma. Su estilo consistía en invitar un paseante desconocido, hacia la caída de la noche. Vagaba por las calles para examinar los rostros que le provocaban curiosidad. Algunas veces elegía al azar. Se dirigía al extraño con toda la cortesía que hubiera podido emplear Harun-Al-Raschid. El extraño trepaba los seis pisos anteriores al tugurio de Hare. Se le cedía el canapé; se le invitaba a beber whisky. Burke le escuchaba insaciablemente. El relato era interrumpido siempre por Hare, antes del alba. La forma de interrupción usada por Hare era siempre la misma y muy imperativa. Para interrumpir el relato, Hare tenía la costumbre de ponerse atrás del canapé y aplicar sus dos manos sobre la boca del narrador. Al mismo tiempo, Burke se sentaba sobre su pecho. Los dos, en esta posición, soñaban inmóviles en el final de la historia que jamás escuchaban. De esta manera los señores Burke y Hare dieron fin a una cantidad de historias que el mundo no conocerá jamás.

Cuando el cuento había sido definitivamente detenido, con el aliento del narrador, Burke y Hare exploraban el misterio. Desvestían al desconocido, admiraban sus alhajas, contaban su dinero, leían sus cartas. Algunas de estas últimas no dejaban de tener cierto interés. Luego ponían el cuerpo a enfriarse, en la gran caja, propiedad del señor Hare. Y, en esto, el señor Burke mostraba la fuerza práctica de su espíritu.

Interesaba que el cadáver estuviera frío y no tibio, a fin de poder agotar a fondo el placer de la aventura.

En aquellos primeros años del siglo, los médicos estudiaban con pasión la anatomía; pero, a causa de los principios religiosos, experimentaban una gran dificultad en procurarse sujetos para diseccionar. El señor Burke, como espíritu esclarecido que era, se había dado cuenta de esta laguna de la ciencia. No se sabe cómo llegó a ligarse con un venerable y sabio investigador, el doctor Knox, que desempeñaba una cátedra en la Facultad de Edimburgo. Quizás Burke había

seguido cursos sobre la materia, aunque su imaginación debió hacerle derivar, más bien, hacia los gustos artísticos. Lo cierto es que él le prometió al doctor Knox ayudarlo en todo lo posible. Por su parte, el doctor Knox, se obligó a recompensarle sus fatigas. La tarifa disminuía yendo desde los cuerpos de los muchachos hasta el de los viejos. Estos últimos interesaban sólo medicamente al doctor Knox. Esa era también la opinión del señor Burke, porque, por lo general, los viejos tenían menos imaginación. El doctor Knox llegó a ser célebre, entre todos sus colegas, por su ciencia anatómica. Los señores Burke y Hare rozaban de la vida como "dilettantes". Conviene sin duda, colocar en esta época el período clásico de sus existencias.

Porque el genio todopoderoso de Burke, bien pronto fuera de las normas y reglas de una tra-

gedia donde había siempre un narrador y un confidente evolucionó solo (sería pueril invocar la influencia de Hare) hacia una especie de romanticismo. El decorado del tugurio del señor Hare no le bastaba ya: inventó el procedimiento nocturno, en medio de la niebla. Los numerosos imitadores del señor Burke han empañado un tanto la originalidad de su manera. Pero he aquí la verdadera tradición del maestro:

La fecunda imaginación de Burke se había cansado de los relatos eternamente parecidos de la experiencia humana. Jamás el resultado de estos relatos había respondido a su expectativa. Lle-

ILUSTRACION DE  
A. RECHAIN

gó a no interesarse más que por el aspecto real, siempre variado para él, de la muerte. Resumió todo el drama en el desenlace. La calidad de los actores no le importaba ya nada. El accesorio único de su teatro consistió en una máscara llena de cola hirviendo. Burke salía en las noches brumosas, llevando su máscara en la mano. Hare le acompañaba. Burke esperaba el primer transeúnte, caminaba delante de él, se daba súbitamente vuelta y le aplicaba la máscara de cola ardiente sobre el rostro. En seguida Burke y Hare se apoderaban, cada cual de un lado, de los brazos del actor. La máscara de tela, llena de cola, comportaba una simplificación genial: la de ahogar de una vez los gritos y el aliento. Además, era trágica. La niebla estumaba los gestos de la representación. Algunos actores parecían imitar a los ebrios. Terminada la escena, los señores Bur-

ke y Hare tomaban un fincero, desnudaban al personaje; Hare vigilaba las vestimentas y Burke subía un cadáver fresco y limpio a casa del doctor Knox.

Es aquí, que, en desacuerdo con la mayoría de sus biógrafos, yo dejaré a los señores Burke y Hare (asesinos), en medio de su aureola gloriosa. ¿Por qué destruir un tan bello efecto, de arte llevándolos lánguidamente hasta el fin de sus carreras, revelando sus desfallecimientos y sus decepciones? No hay que verlos de otro modo que con su máscara en la mano, errando en las noches de niebla. Porque el fin de sus vidas fue vulgar y parecido al de tantas otras. Parece que uno de ellos fué ahorcado y que el doctor Knox se vió obligado a abandonar la Facultad de Edimburgo. Aparte de la descripción, que yo sepa, el señor Burke no ha dejado ninguna otra obra.



# Auténtico Relato de una Aparición

(Este relato de una aparición — el más detallado que se conoce — fué publicado en Londres el año 1706)

Ilustración de ROJAS



ESTE relato, capaz de satisfacer al curioso más exigente, es tan raro en todas sus circunstancias, y sin embargo tan verdadero, que a través de todo lo que he escuchado y leído no he hallado nada igual.

Mrs. Bargrave, la persona a quien se le apareció Mrs. Veal después de muerta, es mi amiga íntima desde hace diez y seis o quince años, y puedo dar fe de la buena fama de que gozaba desde su juventud hasta el tiempo de conocerlos. Sin embargo, desde ese entonces, ha padecido las calamidades de los amigos del hermano de Mrs. Veal, que fingieron que la historia de la aparición es una patraña. A pesar de ello y del bárbaro tratamiento de un mal marido (del que he sido testigo junto con otras personas de reconocida santidad) no se nota el menor señal de abatimiento en el semblante de Mrs. Bargrave, ni se oye jamás de sus labios una expresión desalentada.

Hay que decir que Mrs. Veal era una dama muy piadosa, de unos treinta años, que vivió molestanda mucho tiempo por determinados ataques, cuyo principio se advertía en un modo brusco de desviarse de la conversación y rematar con una total incongruencia. La mantenía un hermano residente en Dover, hombre muy sobrio y muy grave, al parecer, aunque ahora hace todo lo posible por desmentir este relato. Mrs. Veal tenía con Mrs. Bargrave una amistad que databa desde la niñez. Su situación en aquel entonces era casi angustiosa; su padre no velaba por sus hijos como debía; de modo que se veían expuestos a toda clase de mortificaciones. Por su parte, Mrs. Bargrave tenía un padre al que consideraba un malvado, aunque no le faltaba ropa ni alimentos, mientras que Mrs. Veal sola carecía de ambas cosas. Con frecuencia decía a su amiga:

—Eres no solamente la mejor, sino la única amiga que tengo en el mundo. Ninguna circunstancia de la vida podrá entibiar mi amistad.

Solían condolerse mutuamente de la fortuna adversa que les había tocado y leían juntas "El libro de la muerte" de Drelincourt y otros varios, y así, como dos amigas cristianas, se prodigaban consuelos.

Poco tiempo después, ciertos amigos de Mr. Veal le consiguieron un empleo en la Aduana de Dover, lo que produjo un paulatino enflaquecimiento en la amistad de Mrs. Veal con Mrs. Bargrave, sin que hubiera mediado una disputa o un amago de discusión; pero el alejamiento sobrevino por grados, hasta que Mrs. Bargrave perdió de vista a su amiga por el espacio de dos años y medio. Bueno es decir que la primera estuvo ausente de Dover y permaneció cerca de dos meses en Canterbury, habitando una casa de su propiedad.

## La Visita Inesperada

En esta misma casa, el 8 de setiembre de 1706, ya avanzada la mañana, Mrs. Bargrave estaba, sola, pensando en su poco afor-

# Museo de la Confusión

HASTA hace poco la diatriba alemana era un enigma impenetrable, pero el mismo Kronprinz acaba de ilustrarme al respecto en las recordadas memorias que publica en forma de folletín en las páginas de "La Nación". En la edición del 24 de agosto, leo las siguientes aclaraciones:

**LA CAZA DEL TIGRE**

Una cacería de tigres exige innumerables preparativos. El cuartel general de los cazadores tiene mucho de parecido con el de un ejército en vísperas de una batalla. Las noticias van llegando minuto tras minuto. Son breves frases, palabras vagas expresadas según la manera de las fórmulas telegráficas y que en estilo lapidario anuncian, ora que ha sido muerto un tigre, ora que no lo ha sido.

Equívocación fatal ésta, cuyos resultados no habían sido previstos. Cuatro años el ejército alemán desambuló por toda Europa, arrojando sus tanques, mordiendo los cartuchos con indomable valor y todo intilmente; sus generales corrían tras la huella de un zorrino imaginario y perdían el tiempo enviando telegramas tan vagos, al estado mayor, que sólo decían: Ora hemos perdido la batalla, ora la hemos ganado. Millones de marcos gastados en telegramas arrojados a Alemania para siempre. Después de cuatro años de guerra al zorrino, una mañana el kaiser recibió el siguiente telegrama: ora hemos ganado la batalla.

El foso cielo alemán se llenó de dirigibles de colores y los tanques agotaron su stock en salvas de cerveza. Por diez minutos duró mucho. Tres minutos después llegó la rectificación: Ora sonamos como arpa acifia. El mantecado razonante abandonó la caza hasta estos momentos.

Creaba o no, siempre he demostrado gran respeto y consideración por los animales silvestres, llegando en cierta ocasión a disgustarme seriamente por el insulto inferido a un cóndor de los Andes por un poeta que vivió en las Andras allá por el siglo diecinueve y que se permitió insinuarle la conveniencia de adquirir una peluca diciéndole: "el calvo morador de la montaña". Pero en la misma forma que se indignarme por la falta de respeto hacia estos seres, el exceso de cortesía y consideración hacia ellos saben des-

pertar mi más rotunda protesta. En "La Nación" del 24 y en el mismo artículo del renombrado Uber Alles, refiriéndose a la caza, dice:

Cuando tuvimos conocimiento de que por fin se había dado con la pista del lord de la "jungla", en cuya persecución andábam, nos trepamos a la amplia grupa de nuestros elefantes de casa.

El lord de la jungla no es más que el tigre, como seguramente nadie lo habrá sospechado. En materia de cortesía zoológica y botánica, acepto que a un león se lo pueda tratar de rey de la selva, que lo llamen real a un pavo, y hasta imperiales a algunas violetas, pero eso de otorgar el título de Emir de los Cañaverales a un yacaré, sultán de las azules a un gato haricón, y de arrojarse confiriendo condecoraciones a las lagartijas, armando caballero a todo bicho canasto que atraviesa el campo del tele-objetivo o dar tratamiento de sir, usia, alteza a las gallaretas, calamaria y acridios en general, me parece excesivo y perjudicial.

El Kronprinz no se demora en lo referente a los sentimientos que saben despertar algunas fieras salvajes. En efecto, démosle curso de nuevo al artículo.

Un rayo de oro se deslizaba lentamente hacia donde yo estaba. Mis esperanzas iban a verse por fin realizadas. Jamás hubo enamorado alguno que esperara al ser amado con más impaciencia que lo hice yo al verme ante mi primer tigre.

¿Qué sucedió? El príncipe heredero se apersonó al felino y le solicitó la mano! Nada de eso. Cargó su escopeta, apuntó cortésmente y el objeto de la pasión despertada crepó. Fue un amor contrariado. A pesar de este primer fracaso, su fervor amoroso no decayó.

Acabo de enterarme de un hecho insólito ocurrido en Gualeguaychu (Entre Ríos). La noticia está consignada en el diario "La Prensa" del 17 de agosto. Héla aquí:

## INSOLITO SUCESO EN GUALEGUAYCHU

En el interior de la escuela normal de Gualeguaychu, el intendente municipal de dicha ciudad agredió a balazos al director de ese establecimiento de enseñanza, sin lograr herirlo.

Contrariedad acontecida sólo por el olvido en que las autoridades tienen a los indefensos intendentes del interior de la República. Una oportuna recolección de los boomerangs, hondas, catapultas y demás artefactos inadecuados para uso de un intendente que se respete, acompañada de una dotación moderna de eficiente artillería, ametralladoras, granadas de mano, carros de asalto, impediría la repetición de estas ofensivas frustradas y enseñaría al magisterio el respeto debido a las autoridades edilicias.

Fragmentos de una "Sátira" del señor Arturo Torres Riosoco, poeta y ensayista que nos visitó hace poco:

El siglo adora al profundo artesano de la lira: mentira.

Un hombre tiene dos ojos y no ve lo que ve el tuerto: cierto.

En letras como en la Bolsa anda la casualidad: verdad.

Y así cualquier gato es (miembro de la Academia Española): ¡ola!

Y cualquier viejo prudente lo es de la Correspondiente: ¡decente!

Consecuencia: cualquier día nos comunica el cable que el señor Torres Riosoco lo han elegido miembro de la Academia Española o le han recetado duchas calmantes.

El señor Esteban Coria Melo, trae en la página 51 de su "Visionario", el siguiente diálogo:

—¿Cuántos pisos podría tener ese honorable rascacielos?, anciano.

—Ochenta, cien, ciento veinte... En el centro propiamente del primer piso, estará construida una cabina cilíndrica de 20 metros de diámetro o más, cuyas concavas paredes serán de cristal. Habrá dentro de ella 9 asientos: para el presidente y sus ocho ministros. Enredador de la cabina transparente podrá circular toda clase de personas. De esta manera el pueblo verá por sus propios ojos cuando, cómo y cuánto trabajan sus hombres de gobierno.

—¡Muy bien, poeta! el "pueblo quiere saber de qué se trata!"

Creemos este luminoso proyecto preferible al que propone el presidente y sus ministros trabajen en un sótano, provisto de un periscopio que podrá ser utilizado por toda clase de personas.

tunada vida, y aconsejándose una conveniente resignación con respecto a la Providencia.

—Bueno — decía — Hasta ahora no he carecido de nada; debo permanecer tranquila y confiada en que mis aflicciones terminarán cuando sea oportuno.

Después de lo cual tomó una labor de costura, que abandonó inmediatamente al oír una llamada en la puerta. Al acudir encontró a Mrs. Veal vestida con un traje de montar. En ese momento el reloj daba las doce.

—Señora — dijo Mrs. Bargrave — Es una sorpresa para mí el verla después de tanto tiempo.

Pero añadió que se alegraba de su visita, e hizo además de besarla, a lo que Mrs. Veal respondió casi hasta que sus labios se rozaron, y añadió después lo mismo a Mrs. Bargrave, diciendo que "no se sentía bien". Agregó que estaba en vísperas de un viaje y que tenía gran interés en verla antes de partir.

—Pero — dijo Mrs. Bargrave — me extraña que haga usted el viaje sola, teniendo un hermano que le es tan adicto.

—Sí — dijo Mrs. Veal, pero me he separado de él porque estaba muy ansiosa por verla antes de emprender el viaje.

Hablando así, entraron en la pieza contigua, y Mrs. Veal se dejó caer en un sillón de brazos, el mismo que ocupaba Mrs. Bargrave cuando oyó su llamado.

—Mrs. Bargrave — dijo Mrs. Veal — He venido a renovar nuestra antigua amistad y le pido que me perdone mi alejamiento. Si me perdona, es usted la mejor mujer del mundo.

Mrs. Bargrave le rogó que no mencionara estas cosas, diciendo que no había tenido ningún pensamiento amargo al respecto.

—¿Que piensa usted de mí? — preguntó Mrs. Veal.

—Oh, yo la considero a usted igual al resto de la humanidad, y achaco a la prosperidad el que usted se haya olvidado de usted misma y de mí — contestó Mrs. Bargrave.

Entonces Mrs. Veal recordó a su amiga los principios de su amistad, las conversaciones de las dos en los malos tiempos, los libros que leían juntas y el particular consuelo que recibían de "El libro de la Muerte", que contenía lo mejor (según ella) de lo que se había escrito sobre el tema. Mencionó al doctor Sherlock y nombró dos libros holandeses, que hablaban sobre lo mismo, y varios otros. Afirmaba que nadie poseía, como Drelincourt, un libro tan claro sobre la muerte, y sobre el estado del alma que sobreviene después de la muerte, como Drelincourt. Mrs. Veal le preguntó si tenía el libro de Drelincourt. Ella le contestó que sí y fué a buscarlo al piso de arriba, de donde regresó con él.

## Las Exhortaciones Piadosas

—Querida Mrs. Bargrave — dijo Mrs. Veal — Si los ojos de nuestra fe estuvieran tan abiertos como los de nuestra cara, veríamos a nuestro alrededor muchos ángeles. La idea que tenemos del cielo no se acerca en nada a la realidad; así lo afirma Drelincourt. Tenga consuelo en sus trabajos y crea que el Señor dirige sobre usted una cuidadosa mirada. Recuerde que las penas son indicios de la atención de Dios y que no duran siempre. Tenga presente mis palabras, querida amiga: un solo minuto de la verdadera felicidad compensará de todos sus sufrimientos. No puedo creer (y se golpeó la rodilla con el apasionamiento que había presidido la mayor parte de su discurso) que Dios le haga pasar todos sus días en continua aflicción. Pero esté segura de que sus desventuras la dejarán, o usted a ellas, y muy pronto.

Hablaba y accionaba en una forma tan patética y celestial que Mrs. Bargrave lloró repetidas veces.

Luego Mrs. Veal mencionó "El Ascético" del doctor Kendrick, cuyo final contiene un resumen de la vida de los antiguos cristianos. Mrs. Veal recomendó la imitación de sus actos, diciendo que "la conversación de ellos no era como la de nuestra época; porque ahora no se encuentra otra cosa que vanos y floridos discursos, tan diferentes a los de ellos, que eran eficaces y trataban de afianzar la fe en el día mayor."

En aquella época — añadió — la amistad existía; pero ¿dónde se encuentra ahora?

—¡Oh! — dijo Mrs. Bargrave — Es muy difícil encontrar un amigo sincero en estos días!

—Mr. Norris tiene un hermoso poema, titulado "Amistad en perfección", que yo admiro profundamente — dijo Mrs. Veal — ¿Ha visto el libro?

—No, — respondió su amiga — pero tengo los versos de mi puño y letra.

—¿Quiere buscarlos? — pidió Mrs. Veal, a lo que Mrs. Bargrave accedió, trayéndolos y ofreciéndolos a aquella para que los leyera; pero Mrs. Veal se excusó diciendo que "si permanecía con la cabeza baja se exponía a que ésta le doliera", en vista de lo cual comencé a leerle la lectura. Mrs. Veal la interrumpió algo después, para decirle:

—Mrs. Bargrave, yo la querré a usted siempre.

A menudo se cubría los ojos con la mano y le preguntaba:

—Mrs. Bargrave, ¿no cree usted que los ataques me han mejorado mucho?

—No, le decía la otra. Creo que usted está tan bien como siempre.

Después del discurso, que la aparición pronunció con palabras mucho más hermosas que las que Mrs. Bargrave podía pretender, y muchas más de las que puede recordar, aunque cree que ha retenido las más importantes, Mrs. Veal le pidió que escribiera una carta a su hermano, dándole algunos órdenes con respecto a unos anillos, diciendo además que en su gabinete había un bolsillo de oro, y algo referente a su primo Watson.

Al oír estas palabras, Mrs. Bargrave creyó advertir en ellas algunos de esos peculiares síntomas precursores de los ataques, de modo que se apresuró a colocarse en una silla, justo delante de la rodilla de Mrs. Veal, temiendo que los ataques le ocasionaran una caída de su asiento al suelo; por otra parte, pensó que el sillón de brazos la resguardaría de caer para cualquier otro lado.

Para distraerla (así lo creyó al menos) fingió interesarse en la blusa de su amiga, tocando la manga y elogiándola varias veces. Mrs. Veal le explicó que era muy antigua, vuela a confeccionar previa una buena limpieza.

A pesar del cambio de conversación, Mrs. Veal volvió a insistir en que Mrs. Bargrave escribiera a su hermano, advirtiéndole a ésta que no debía contrariarla y que, además, llegada la oportunidad, debería repetir a su hermano toda la conversación de las dos.

—Mi buena Mrs. Veal — dijo Mrs. Bargrave — Yo creo que sería mucho mejor que escribiera usted.

—No — contestó aquella — Aunque ahora le parezca impertinente, descubrirá más tarde las razones que me obligan a obrar así.

Mrs. Bargrave, entonces, para satisfacer su pedido se dispuso a traer una pluma y tinta, pero Mrs. Veal la detuvo.

—Déjelo por ahora, — dijo — pero hágalo una vez que me haya ido; solamente quisiera estar segura de que lo hará.

Mrs. Bargrave así lo prometió, siendo esta una de las últimas recomendaciones que su amiga le hizo antes de partir. De pronto pidió ver a la hija de Mrs. Bargrave.

—No está en casa, — dijo esta última — pero si usted desea verla, la mandaré buscar.

—Hágalo — fué la respuesta.

La complaciente señora se dirigió en busca de su hija, a lo que ella se vino en su camino, Mrs. Veal había salido a la calle y se encontraba frente al mercado de ganado, decidida a partir tan pronto como llegara Mrs. Bargrave. Esta demostró su extrañeza, preguntando el porqué de tanta prisa. La otra respondió que tenía que irse en seguida, aunque tal vez aplazara su viaje hasta el lunes, y dijo que esperaba verla de nuevo en casa de su primo Watson, antes de la partida; después de lo cual agregó algo sobre la despedida y se marchó, seguida por la mirada de Mrs. Bargrave, hasta que un recodo la ocultó definitivamente. El reloj daba las dos menos cuarto.

## Era una Aparición

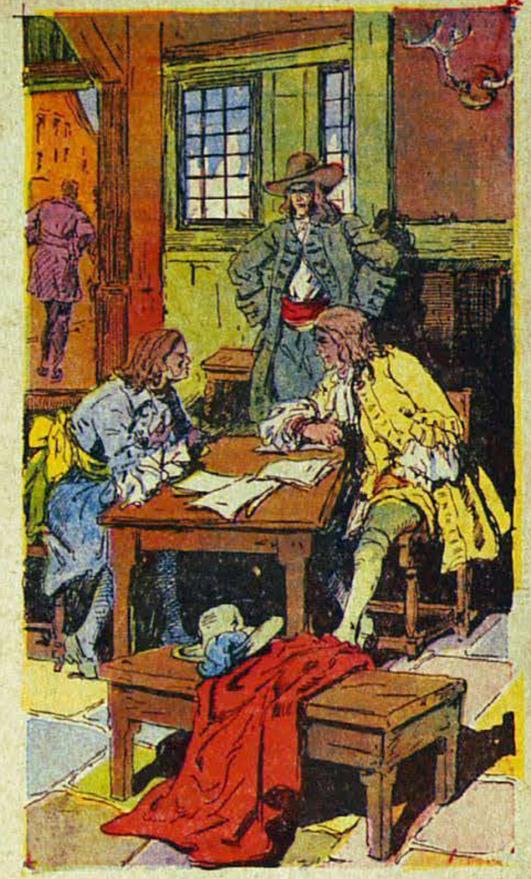
El 7 de setiembre, a las doce del día, Mrs. Veal murió, víctima de sus ataques, confortada por los sacramentos.

El día que siguió a su aparición, siendo domingo, Mrs. Bargrave se encontraba enferma, con dolor de garganta y resfriada, de modo que no pudo salir; pero el lunes por la mañana mandó una persona a casa del capitán Watson para saber si Mrs. Veal se encontraba allí. Le contestaron con gran extrañeza que ni estaba ni sabían que tuviera intenciones de venir. Al recibir esta contestación, Mrs. Bargrave dijo a la sirvienta que seguramente había confundido el nombre o cometido algún error. A pesar de su indisposición se puso de pie y se dirigió a lo de Watson para verificar por sí misma si su amiga estaba allí o no.

Los de Watson explicaron el asombro que les causó la pregunta de la sirvienta, asegurando que, de haber estado Mrs. Veal en el pueblo, no hubiera dejado de visitarlos.

—Afirmo que ella permaneció casi dos horas enteras conmigo, el sábado — dijo Mrs. Bargrave.

Le respondieron que era imposible, alegando que tendrían que haberla visto forzosamente, cuando entró el capitán Watson, quien al enterarse de la dis-



cusión manifestó que Mrs. Veal había muerto.

Esto sorprendió grandemente a Mrs. Bargrave, que relató la historia de la aparición de su amiga. Al describir la blusa que ésta llevaba aquel día, explicando que se trataba de una que había sido limpiada, Mrs. Watson dió un grito:

—¡Ahora no dudo de que usted la haya visto! Y exclamó: ¡Solo ella y yo sabemos lo de la blusa y fui yo quien le ayudó a hacerla!

## El Asombro

Mrs. Watson alborotó a todo el pueblo con el minucioso relato de la aparición y el capitán Watson se presentó en la casa de Mrs. Bargrave con dos caballeros que querían oír de sus propios labios. Y la leyenda se difundió con tal rapidez que los caballeros y personas de calidad, la gente juiciosa y escéptica, formaban línea para escucharla de boca de Mrs. Bargrave, retirándose después lo más satisfechos, diciéndose que a simple vista se notaba que Mrs. Bargrave no era una hipocondríaca, puesto que presentaba siempre un aspecto animado y un semblante tan placentero que se conquistaba la estimación de la gente notable.

Mientras el capitán estuvo con Mrs. Bargrave, ésta recordó varias cosas que la aparición le había contado. Una de éstas era que el viejo Bretton le pasaba diez libras por año, cosa que Mrs. Bargrave ignoraba completamente.

Ella nunca introduce cambios en la famosa historia, contándola siempre tal cual sucedió, lo que confunde a los que dudan de la verdad o se muestran reacios a creer en ella.

Un sirviente que se hallaba en el patio contiguo al de Mrs. Bargrave, oyó que ésta hablaba con alguien el día de la aparición, durante una parte del tiempo que duró su visita.

Desde el famoso acontecimiento, el libro de Drelincourt comenzó a venderse en una forma extraordinaria. Y es digno de mención el hecho de que Mrs. Bargrave, a pesar de las muchas molestias y fatigas que le producía el repetir la historia, jamás haya aceptado un cuarto de penique por ella, ni permitido a su hija el aceptar nada de nadie.

## Una Leve Contradicción

Muchos amigos del hermano de Mrs. Veal acusan a Mrs. Bargrave, diciendo que miente, y que ya sabía lo de los diez libros de Bretton antes de que Mrs. Veal se lo confiara; pero quienes se atreven a hablar así son gentes que gozan de poco crédito. Mr. Veal es demasiado caballero para afirmar que Mrs. Bargrave miente; pero insinúa que su mal marido la ha conducido a la locura. Pero para dar un mentís a esta afirmación, ella no tendría más que presentarse y su aspecto hablaría por sí solo.

Mr. Veal dice que, viendo a su hermana moribunda, le rogó le expusiera su voluntad, a lo que ésta contestó que no deseaba nada, lo cual no coincide con las disposiciones que dictó a Mrs. Bargrave. Mr. Veal admite, sin embargo, que había un bolsillo de oro, pero no en el gabinete, sino en una caja cualquiera, cosa improbable desde el momento en que Mrs. Watson dijo que la extinta cuidaba tanto la llave de su gabinete que no se la hubiera confiado a nadie; siendo así, se comprende que el oro no podía estar en otro lugar.

## Vindicación de Mrs. Bargrave

Yo podría asegurar que cuando Mrs. Veal llevaba la mano a los ojos preguntando a Mrs. Bargrave si los ataques le habían mejorado, lo hacía para que ésta guardara en su memoria el recuerdo de aquellos, de modo que creyera que al dictarle la carta para el hermano, en la que las disposiciones acerca del bolso de oro y los anillos se parecían tanto a un testamento, estaba bajo el influjo de su enfermedad. Esto y el especial cuidado que puso en no enterarla ni asustarla, cuidado que manifestó al aparecerse durante el día y no a la noche, demuestran su maravilloso amor hacia ella.

Ahora, la razón de que Mr. Veal descrea del relato, como lo evidencia el querer desacreditarlo, no me la puedo imaginar. La mayoría de la gente considera a Mrs. Veal un buen espíritu, tan celestial fué su discurso. Los dos grandes propósitos que la guiaran a visitar a Mrs. Bargrave, fueron: pedirle perdón por el abandono que había hecho de su amistad y consolarla de su infortunio, infundiéndole coraje por medio de palabras piadosas.

Aparte de esto, suponiendo que Mrs. Bargrave hubiera inventado semejante historia, del viernes al sábado, calculando que tuviera inmediata noticia de la muerte de Mrs. Veal, su imaginación creadora sería más considerable y más maligna que la que suponíamos.

Varias veces le pregunté si estaba segura de haber palpado la blusa de Mrs. Veal, y siempre me ha contestado modestamente que "si sus sentidos no la engañaban, estaba segura de haberlo hecho". También le pregunté si realmente oyó el sonido que debió producir la mano de Mrs. Veal al golpear su rodilla, a lo que respondió que "no se acordaba muy bien, pero que la aparición presentaba un aspecto tan material como yo en ese momento". "Y puedo asegurar — agregó — que la he visto realmente y que no sentí ningún miedo. La recibí como a una amiga y como tal me despedí con ella. Al mismo tiempo le diré que no daría un paso para tratar que me creyeran esta historia; no tengo interés en ello. Por mucho tiempo me ha venido ocasionando molestia tras molestia y a no haberse descubierto accidentalmente, jamás la hubiera hecho pública."

Luego declaró que reservaría la historia para hacer uso privado de ella y que evitaría en lo posible el repetirla a extraños. La autoridad y sinceridad de Mrs. Bargrave no debieran haberse puesto en duda en ningún caso.



Anímula Váguila

# LAS ESTRELLAS DESVAÑECIDAS

por R. Pineda Yáñez

Ilustró Pascual Güida



ción de la pantalla, más efectiva, más brillante, más tolerante con las canas y las arrugas. Geraldine Farrar, la eximia cantante de ópera, amante del Kropfprinz de Alemania, se lanzaba al cinematógrafo y triunfaba con una serie de producciones en las cuales la protagonista, madura y desencantada, bordeaba siempre el destino de las vampiras. Su esposo, Lou Tellegen, un gigantón soso y mecánico, se prodigaba a su vez en espectáculos fríos y agresivos: sus escenarios eran por lo común las nevadas planicies del Labrador o las desoladas cimas de las Rocosas.

Lina Cavalieri, otra diva que huía de la juventud, gustaba de las escenas bucólicas, remediando la ingeniosa "teologalera" de Mary Pickford. Alla Nazimova, Olga Petrova, Gabriele Robbine, Norka Rouskaya, Ana Pawlova, Berta Kalich, Feia Nelson, la chilena, y otras estrellas del tablado, probaban la buena nueva del cine con éxitos efímeros. Esas películas, interpoladas con las de veteranos como George Fawcett, Carlos Anderson, uno de los padres del cinematógrafo (más brillante en su época que el propio William Hart o Tom Mix), Emmett Dalton, Frank Keenan, Tyrone Power, etc., etc., llenaban las tardes de la ciudad, con melodramas intrascendentes, o con largas tiradas del Far West, las primeras tal vez, que enseñaron a reconocer al público porteño la escasa diferencia que hay entre un cheff y un simple bandolero del oeste.

Stewart Holmes era, por entonces, el perfecto canalla. Harry Carey, el célebre Cayena, a quien hemos visto hace poco viejo y desvanecido en Trade Horn, el más gaucho de los cow boys; William Hart, con su caballo pintado, el bandolero más audaz, medio indio, piel roja, medio Buffalo Bill, duro y sombrío, seco y sarmentoso como un tipo del Greco, baledero seguro y anticipación cinematográfica de la ametralladora callejera de los "gangsters" de Chicago; Francis Ford entretenía con sus insuperables aventuras a la niñez contemporánea, enamorada de las truculencias y de las aventuras inverosímiles; Arnold Daly, lucido y dandy como de pésimas ley; Henry Walthall, ocupaba un puesto preferente entre los actores dramáticos, muy poco consistente por cierto, pues su decadencia fue tan precipitada que, no ha mucho, lo he visto haciendo papeles de cheff en una cinta insignificante de la prehistoria cinesca. Frank Mayo, primera edición de Tomas Meigham, encarnaba papeles de galán joven, con alguna soltura y cierta sobriedad que le han dado buen nombre.

En la aerea de enfrente, la estridida Clara Kimball Young remataba a gusto y a satisfacción su carrera artística. Kitty Gordon se defendía desesperadamente con la esbeltez de su cuerpo y su elegancia de reina septentrional; Bessie Barriscale, la rubia de los ojos negros, se había visto obligada a descender a los

papeles de heroína del Far West, para poder mantenerse en el cartel; Fannie Ward horripilaba en "La marca de fuego", sin mayores dotes; Florence Reed pasaba sin pena ni gloria, mostrando únicamente la belleza de sus ojos; alcanzados; Gladys Brockwell, la máxima vampira de aquella época, se lanzaba por una desenfrenada pendiente al abismo de los estupefactos, que prontó la condujeron a la muerte; Cleo Redgley, la dulce compañera de Wallace Reed, el protagonista más fino y exquisito de ese mundo, desvanecía

artista que había en Perla, sabía encarnar todos los papeles, con singular entereza. En cada una de las escenas temblábamos al verla al borde de la muerte, arriesgando el pellejo, como si fuera un moderno Tarzán.



Grace Cunard, era también de esta edad privilegiada. Rubia y suave, actuaba en comedias de algún valor dramático, encarnando sugestivas heroínas de amable y aburguesada trama. Maxine Elliot, con cierto prestigio en las tablas, descendía por grados al anonimato, sin lo-

ma fama. Así como ascendió, descendió de pronto en la categoría, desapareciendo súbitamente del cartel. Algo parecido podría decirse de Barbara Castleton y Enid Marked, intérprete esta última de una película de salvajismo africano, y de la misma Beverley Bayne, que escalcó la pendiente de una gloria barata, en compañía de su esposo, Francis X. Bushman.

Pero en este naufragio de estrellas, algunas se salvaban. Anita Stewart, figurita expresiva y seductora, enardecía las escenas en que actuaba con la simpática belleza de sus ojos, parlanchines y asoleados. Poseía una elegancia única. No era una gran actriz, pero tenía por patrimonio la perla de convencer, sin grandes afectos. Sobre todo afirmaba un don: el de renovarse graciosamente y brillar en cada nueva película, como si fuera otra. Tal vez el público no la reconoció en todo su valor, porque pronto fue olvidada. Su nombre en la actualidad, ni siquiera pasó a la historia; se hizo pedazos en la indiferencia. Madge Kennedy era suave y delicada. Después de haber intervenido en varias cintas sin importancia, se nos presentó en una gran producción que en vano tratamos de recordar. El caso es que triunfó como ingenua, tras penosas experiencias. Pero después, ¿qué fue de ella? ¿De qué le sirvió aquel triunfo? Ninguna otra producción meritoria le dio la estabilidad que merecía.

Aquella Margarita Clark, añorada y femenina, tan femenina que sorprendía pudiera albergar tanta picardía genérica, llenando un rollo de una generación, mejor dicho, tenía la frescura del arte epidémico, contagioso, espontáneo. Era una amorosa pesadilla en la escena. Un consuelo sin complicaciones. Una orgía venturosa. Recordamos la más fugitiva, la más irreal de sus comedias: "Prunella", porque era también la más sublime de sus bellas creaciones. Margarita Clark, cuando aun era una posibilidad de seducción, se casó, al terminar la guerra, con un capitán del ejército norteamericano y desapareció, sin dejar rastros.

Florenca La Bida, también fue una promesa malograda. Llenaba la escena con su infantilismo romántico, con su dinamismo sabiamente logrado, con su inquietud de chiquilla inteligente, que sabe qué le es y no alaba de una superioridad fácil. Florenca murió muy joven, a los 23 años, en un accidente de autopista; cuando las grandes películas la esperaban para hacer su nombre universal.

Paulina Frederick, aun cuando no gustaba personalmente, secundaba admirablemente a las bellas actrices, más jóvenes que ella. Por que en el fondo de esta mujer siempre hubo un misterio. El de su edad. ¿Cuándo fue joven Paulina Frederick? Mae Murray, no obstante su unilateralidad, dejó asimismo una huella profunda. Un cuerpo maravilloso. Unos ojos inquietos y dulcemente femeninos.



Una naricita puntiaguda y decodada, que inspiraba ternuras y simpatía, le daban esa rotunda plasticidad, tan difícil de precisar en la pantalla. Mae Murray nunca estuvo mejor como en aquellas películas que iniciaron el género de las revoluciones en países sin ubicación geográfica: filipinenses, en los cuales ella siempre era la reina y un soldado de su guardia, el favorito. Estaban basadas, por lo común, en "El Prisionero de Zenda", de Antonio Hope y precedieron al famoso "Desfile de amor", de Chevalier y la MacDonald.

Edna Purviance, la amañada rubia que se hizo popular secundando a Carlitos Chaplin en sus primeras producciones, aquellas que dextraron de nuestros ojos a las grotescas pesadillas de Toribio Sánchez y aun las del mismo Max Linder, era algo más que una figura de segundo orden. Sus breves papeles constituyen siempre acertadas y eficaces interpretaciones. El inconstante Chaplin, que como amante siempre ha sido un desafiador o un desahogado, le reparó injustamente de su lado, tratándola por la sutil Mildred Harris, y ya no se habló más de ella.

Alice Brady fue una gran actriz. ¿Quién la recuerda? Su bria, de una mesura aristocrática, con su naricita que tenía un parecido extraordinario con la de Mae Murray, impresionaba maravillosamente. Tenía un gesto de despecho tan feliz que no se lo he visto a ninguna otra. Ana Luther, graciosa y prodigiosamente bella, tuvo también sus días de esplendor en nuestro medio. Eran por aquellos años famosos sus cabellos rojos, como lo son ahora los de Jean Harlow por platinados, como lo fueron antes los de Bessie Barriscale, la primera platina del cine.

Ethel Clayton, la rubia armoniosa, llegó a una envidiable altura. Sus frecuentes trabajos alcanzaron singular interés, si haber sobrepasado jamás la línea de lo extraordinario. Ninguna de sus producciones hizo desbordar un cine, pero mantuvo un prestigio constante hasta que su fulgor se apagó.

Mae Marsh encantaba por su pequeñez, por su naricita respingona y por su agilidad en la escena. En "La hija del circo", lo recordamos con emoción hizo una de sus creaciones más brillantes. Sus papeles de niña revelaban en ella a una actriz consciente y de una gran capacidad emotiva, confirmada ahora, al cabo de tantos años, en un formidable papel de anciana, efoctar, en los dos extremos pasionales de la interpretación con la película: "Honrarás a tu madre", que ha resultado su nombre, muerto por nuestro público, desde aquella lejana fecha.

Hagamos un alto. Descansemos un momento para rememorar en un nuevo artículo, otras vidas cristalinas y brillantes, una formidable constelación de estrellas del pasado que no han sido superada en actualidad y realidad, por las actuales figuras de la pantalla.



sus últimos sueños, en compañía del popular astro; Molly King, la protagonista del "Misterio de la doble cruz", una arriesgada especialista en películas en serie, secundaba eficazmente al afeminado Creighton Hale, sin lograr jamás la boga de una verdadera estrella de la gimnasia cinematográfica, como la simpática Perla White, artista que impuso realmente el género de las cintas en episodios. Perla White apasionó como ninguna otra actriz a Buenos Aires. Sus retratos fueron los más difundidos. Aquella boina de terciopelo que inauguró el ciclo de las boinas en la moda femenina de Buenos Aires; estaba en todas las vidrieras y en todas las páginas de todas las revistas. Su temeridad, que jamás fue sobrepasada por los trucos modernos más representativos, superaba en emoción a los peligrosos juegos de los acrobatas. Su machismo acrobático, no tuvo parangón. He ahí un mérito que no es posible restarle. "La amenaza oculta" y "Garra de hierro" fueron sus creaciones. En ellas, esa extraordinaria

grar destacarse jamás. Mabel Normand tenía un brillo de estrella de segunda o tercera magnitud, figurando con mediocre éxito en las cintas en serie. Phyllis Neilson Terry, enamoraba con su cara de ingenua, pero se caracterizaba por su amañamiento muy británico, más bien seco e inexpressivo.

Pasaron tantas, que es preciso citar también, formando parte de aquella pléyade, a Kay Laurel, una de las artistas de la pantalla que alcanzaron más fama por la perfección y plasticidad de su cuerpo. A su lado, aun cuando más burda y carente de todo refinamiento artístico, Amette Kellerman, la famosa nadadora que llegó hasta el cine mostrando sus formas, las más próximas, según rezaba la inteligente propaganda que le hicieron a "La diosa del mar", a las de la Venus de Milo. Catalina Calvert, modificaba la ficción con su desahogada calma. Rita Jolliver subió de pronto a una gran altura, en una película precedida de gran fama: "El hundimiento del Lusitania", que no le dio en verdad ningun-

## ★ VOCES ★

colocación está más cerca de la del bandido que de la del hombre de bien, sea un gran escritor.

Para ser gran escritor, además de un gran talento, es necesario tener una gran alma, un gran corazón y un gran amor por la humanidad.

Tengo la sensación de que si un clérigo se bañara en el mar — cosa no muy probable — de-

manera una sarcástica y sangrienta befa de la religión y de sus hábitos.

Los curas sienten un rubor inconfesable cuando el viento les abre la sotana y uno les ve los pantalones.

A esa mujer que, al subir al tranvía la he salvado de una caída segura, y que no ha tenido



jaría el agua de un color tan particular que nos parecería que por allí habían andado calamares.

¡Con qué vergüenza, con qué encendido rubor deben recibir los intendentes de todas las municipalidades del mundo el dinero recaudado de las "casas de mal vivir"!

Aquellas monjas que vi entrar en el río vestidas y calzadas, más que nada me parecían unas formidables heréticas que, sin confesarlo, hacían a su

do la delicadeza de darme las gracias, la he de ver ahogarse, la he de ver quemarse, la he de ver morir — estoy seguro — con la mayor indiferencia y con la más perfecta impassibilidad.

Actualmente el título de pobre es el más desprestigiado para llegar al cielo.

El rabo, para los perros, es como la hoja de parra para los hombres, por eso no hay que cortárselo.

¡Cuánto hubiéramos ganado

Pedro Herreros

ANOS y estrellas. Millones de metros de película de sacralidad ante los ojos acuciados de millones de seres en las blancas pantallas de todos los cines del mundo. Un interminable pasar de rostros nuevos que van a estrellarse en el olvido. De allí, de ese olvido que es la vía láctea del cine, a donde llega de tarde en tarde el ojo telescópico del crítico o del simple desenterrador de muñecos de luz, voy a exhumar los nombres de aquellas figuras que vivieron en el comentario de hace quince años y de algunas otras que resbalaron apenas por la retina del público argentino, hasta convertirse en nebulosas.

Sic transit... Esplenden ahora los nombres de Greta Garbo, Marlene Dietrich, Carol Lombard, Claudette Colbert, Jean Harlow, Joan Crawford, luminarias de primera magnitud, nada más que unos pocos nombres quedan. Carlitos Chaplin, Mary Pickford, Douglas Fairbanks... y después sombras, casi nada. Un mundo borroso, a través de escenas desarticuladas. Los centauros del Oeste... Los galanes omnipotentes de Broadway; los millonarios de las altas finanzas de Wall Street y las deliciosas y juguetonas mubecas, todas ojos y sonrisas, que estaban al final en el beso lujurioso.

Cuando se mira hacia atrás, asoman los muertos. Una caravana de pálidas figuras, iluminadas o escapadas del cuadrado y, caídas en la penumbra de la platea. Aquella Theda Bara, ampulosa y romántica, con cuerpo de hetaira y alma hechizada que no sorbía con los ojos y atrapaba el ser con sus brazos serpentinos. Espirito de aventura del cine. Alocada y sensual. Todavía llevamos en el punto ciego del ojo el drama terrible de su carne desahogada, bajo los dotes magníficos de la película "Cleopatra". Layda Borelli, Francesca Bertini y Pina Menichelli, eran también de aquella generación de suripantallas termicas, encendidas como antorchas en el fondo de las salas a oscuras. Pero eran de otro mundo. Un mundo más lento, más meridional, más apasionado y fastidioso, transido de ridículo y de fin de siglo, abundoso en bigotes y en donjuanes tramuchados.

En serio, sólo pueden hablar de deshumanización del arte los eunucos de la literatura.

Viendo los bomberos con máuser, pienso que en Buenos Aires se apagan los incendios a tiros.

Hay "novelistas" que matan a sus personajes con la misma indiferencia que ciertos médicos matan a los enfermos... cuando la única muerte merecida y justificada sería la del autor.

Rectifíquese: Esta panadería hace todos los días el milagro de hacer pan sin harina. Por eso nuestro pan parece saños hinchados.

El dinero, en mano de ciertos bandidos, es un arma con la que se cometen impunemente los más atroces crímenes.

No es posible que X, cuya psi-



# Lugar de Muerte de los Guanacos

de las regiones frías de Norte América. Cuando el invierno se aproxima, estos reptiles se sus compañeros, y aumentarían más y más durante el verano. Posiblemente la mayoría de las serpientes no sucumben de

intinto perduraría en ellos y les haría emprender el viejo camino cuando los estimulara una herida, o el malestar de una en-

palabras del gauchó y me pareció tan maravilloso e inexplicable que un caballo pudiera hacer semejante cosa, como si una

una acción defensiva propia del individuo — en oposición al conocido del animal sano que llama a la tropilla entera para perseguir al enemigo, destruyendo así sus posibilidades de mejoría. Al animal sufriende no le basta con dejar a sus compañeros: quiere hallar un rincón solitario donde éstos no lo puedan alcanzar.

Pero en las pampas pastoriles, donde son tan visibles los caballos en el terreno liso, sin árboles, no hay ningún escondite. En ese trance, el animal picado por el miedo busca el lugar que siempre ha temido todos.

Otro hecho referente al bárbaro trato del caballo pampeano y que parece fortalecer mi teoría, queda por mencionar. No es cosa fuera de lo común que un caballo que se ha escapado con montura y con riendas, acabe por volver a las casas; en ese caso es evidente que el animal vuelve en busca de alivio. La acción del caballo que vuelve al patrón, de quien siempre ha huido, para ser despojado de la montura y del freno, es indudablemente más intelli-

creer que ha sobrevivido no solamente a un variado número de manifiestos, sino que ha transportado muchos cambios en condiciones de vida. Digamos, pues, que en un lejano período, una transformación se operó en el clima de la Patagonia, que fue haciéndose más frío debido a alguna causa que afectaba únicamente a ese trozo de la región antártica; por ejemplo, una vasta acumulación de montañas de hielo en la costa norte del continente antártico que aumentó con los siglos hasta bloquear una considerable parte del mar. Si el cambio fue gradual y la nieve se hizo más profunda y duró más cada invierno, un animal inteligente, gregario y excesivamente fuerte y activo como el guanaco, capaz de alimentarse de las fibras leñosas más secas, podría soportar el cambio adquiriendo nuevas costumbres para afrontar el nuevo peligro.

Una de ellas sería que, a la proximidad de las nieves bondas y de los fríos mortales, la tropilla entera se congregara en ciertos parajes de los valles de los ríos, donde la vegetación es más densa y es más fácil hallar

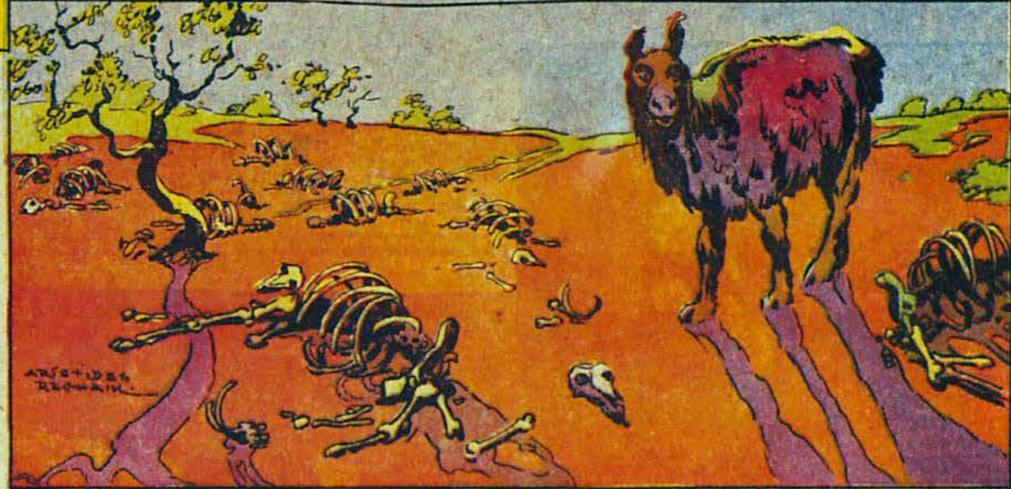
ES bien sabido que en el confin austral de la Patagonia los guanacos tienen un sitio para morir: un lugar en el cual todos los individuos que habitan las llanuras de los alrededores se escuden a la proximidad de la muerte para depositar sus huesos. Darwin y Fitzroy fueron los primeros en señalar ese extraño instinto, y sus observaciones han sido plenamente confirmadas por los demás. Los lugares de muerte más conocidos están en las riberas de los ríos Santa Cruz y Gallegos, donde cubren los valles primitivos, espesas matas de árboles raquíticos. Allí, sobre la tierra, están los huesos de innumerables generaciones.

Respecto al lecho de muerte del animal y al instinto, Darwin agrega: "Ignoro la razón, pero debo observar que los guanacos heridos de Santa Cruz se dirigen invariablemente hacia el río". Sería sin duda aventurado afirmar cualquier instinto que este es el único, pero apartando algunos dudosos relatos sobre una costumbre del elefante de Asia, que pueden haberse derivado de las historias de Simbad el Marino, no conocemos ningún instinto similar al del guanaco en ningún otro animal. Hasta dónde sabemos, está solo; nada tienen que ver las otras especies mayores, ni suponemos alguna afinidad. Se parece menos al instinto de una de las razas inferiores que a la supersticiosa observación de los seres humanos que tienen conocimiento de la muerte y creen en una continuada existencia después de la disolución de una tribu que en épocas pasadas hubiera concebido la idea de que el espíritu libertado es el único capaz de encontrar el camino de su futura morada, comenzando en la muerte desde la antelión y desde ahí hasta el Este o en dirección al cielo, o bajo tierra, sobre la huella inmemorial, invisible a los ojos materiales.

Visto en esa forma el instinto del guanaco, podría ser considerado como algo que perduraría en el animal desde un remoto ayer, tal vez modificado por el tiempo; como una ceremonia ya sin sentido, como un fragmento de historia antigua o una tradición que en el curso del tiempo ha recibido una nueva y falsa interpretación. La falsa interpretación, para continuar la metáfora — es en este caso que el propósito del animal al concurrir a un sitio determinado, que antes nunca pisó, es el de morir en ese lugar. Es falsa la interpretación, porque es increíble que un instinto sin ventaja para la especie fuera a surgir y hacerse permanente y además porque es increíble que la posesión de un sitio de muerte le fuera útil en algo. Debemos, pues, suponer que hay en las sensaciones precedentes a la muerte, cuando ésta viene lentamente, cierto parecido con las sensaciones experimentadas por el animal durante el período en que su curioso instinto tomó forma y se cristalizó. Estas serían sensaciones penosas que amenazarían su vida y para librarse de ellas, el animal buscaría ese paraje bien recordado. Podemos suponer que, en un principio bastaba la memoria de unos pocos, para que los demás animales buscaran el lugar de seguridad. Una costumbre fué así formada. Esa tradicional costumbre se hizo instintiva, de manera que los animales viejos y jóvenes se dirigen al lugar de refugio cuando el viejo peligro volvió.

El instinto maduró lentamente y se hizo perfecto hasta impedir que la raza se extinguiera durante períodos de peligro que duraron cientos y aun miles de años. Aceptada esta explicación — que el guanaco al abandonar el refugio para desfallecer y morir en el antiguo sitio de muerte, se limita a buscar un antiguo asilo — la acción del animal pierde mucha parte de su misterio. Estamos en terreno firme, y vemos que no se trata de un instinto absolutamente único sin relación con los demás.

Encontramos, en efecto, que hay un instinto muy importante muy conocido en otras clases de criaturas, que tiene gran semejanza con el del guanaco y cuyo estudio puede sernos útil aquí. Me refiero a las costumbres de ciertos ofidios — de los países fríos o templados — que vuelven anualmente a la misma cueva donde pasaron el invierno anterior. Un ejemplo típico es el de la serpiente de cascabel



esconden y se ha observado que en ciertos lugares cientos y miles de individuos acuden a los alrededores a esconderse en la cueva ancestral. Allí las serpientes se reúnen en masa para permanecer en un estado de semisorción, hasta que la vuelta de la primavera las hace de nuevo salir para volver a sus acostumbradas "residencias veraniegas".

En este caso, el conocimiento de la cueva de invierno no es únicamente tradicional, es decir, transmitido de generación en generación. El joven sigue al adulto, y así se forma la costumbre de ir a una determinada cueva cada estación. La joven serpiente pronto abandona a sus mayores para llevar "su vida" y cuando llegan los tiempos fríos el invernadero suele quedar a unas treinta millas del barrio natal. La vuelta anual es un instinto seguro, como el de ciertos pájaros que en otoño buscan un clima más cálido.

Es sin duda favorable para las serpientes el pasar el invierno no amontonadas. Esa costumbre de dirigirse anualmente a un antiguo lugar no induce a pensar que los individuos — tal vez una pareja al comienzo — que frecuentaron una cueva bien seca, muy profunda, seguro refugio contra enemigos, tendrían una considerable ventaja sobre

muerte natural; decir que ni una sobre mil conoce la vejez no sería exagerar, pero si tuvieran tan pocos enemigos o accidentes como otros animales menos prolíficos y mucho más complejos, de suerte que muchas alcanzaran el término natural de la vida, sería dable suponer que en una naturaleza ardiente el fracaso de los poderes vitales simularía las sensaciones causadas por una temperatura en descenso, y haría que la serpiente vieja o enferma se arrastrara al refugio conocido, en el que había sobrevivido a tantas heladas.

El guanaco nunca ha sido animal de invernada, pero debemos suponer que, como el crótalo del Norte, había formado la costumbre de juntarse con sus compañeros para pasar ciertas temporadas en un mismo lugar; que esto aconteció en épocas de sufrimiento para el animal, pues la incomodidad o el peligro fueron los que produjeron el hábito. Si también suponemos que ese hábito perduró hasta hacerse un instinto, como el de la serpiente, de manera que los guanacos jóvenes se dirigieran solos al "meeting" desde cualquier distancia, no hay más que un paso hasta la creencia de que una vez cambiadas las condiciones, ese conocimiento ins-

fermedad o el decaimiento de la energía vital, cuando los sentidos se debilitan, la respiración se entorpece y la sangre es débil y fría.

Voy a relatar un caso que yo he observado y que me parece oportuno; de antemano postulo que se trata de un hábito adquirido, pero esto no afecta en nada mi argumento, pues he asumido que el guanaco — una de las más sagaces especies de vertebrados — empezó por adquirir la costumbre de buscar un recordado asilo, y que dicha costumbre era como el modelo en arcilla del perfecto e indestructible instinto que se formó después.

Una tarde de verano en que yo salía, vi a un caballo de los del establecimiento con la cabeza apoyada contra el portón; estaba sin montura y no tenía riendas, me acerqué, le golpeé la nariz; y le pregunté a un peón que me acompañaba si estaba por ahí, el sentido de ese acto.

"Creo que se muere" — me contestó — los caballos vienen a morir a las casas". A la mañana siguiente el pobre animal fué encontrado muerto como a veinte metros del alambrado, aunque cuando me le acerqué en la tarde precedente no tenía aspecto de enfermo.

Al verlo muerto, recordé las



gente que la del caballo moribundo volviendo para que le alivien los males; pero el motivo es idéntico en ambos casos. En el portón es donde los únicos dolores del animal se han originado y es también allí donde tuvieron fin; y cuando el impulso de algún nuevo sufrimiento lo alige tanto como el anterior, ahí es donde va.

Volvamos al guanaco. Después de retraer el instinto hasta sus poéticos orígenes, la costumbre adquirida por el animal de buscar refugio en un sitio determinado, conviene especular un poco más sobre la naturaleza de ese peligro.

Si la raza del guanaco es antigua sobre la tierra como los naturalistas suponen, debemos

alimento, mientras la nieve cubre los alrededores.

Se entiendo que los guanacos eligieran ciertas localidades que son utilizadas ahora como sitios de muerte. Allí estarían al abrigo de los pamperos; la corteza de los árboles y las ramitas servirían para alimentarlos, el calor de todos los animales reunidos serviría para derretir en parte la nieve y le impediría atararse, mientras el empujamiento ramaje formaba encima como un techo de nieve, hasta que la primavera los libertaba.

Es digno de mención que sólo en el confin austral de la Patagonia hay cementerios de guanacos. Esto no sucede en el Norte, ni en los Andes bolivianos ni en el Perú.

## Guillermo E. Hudson

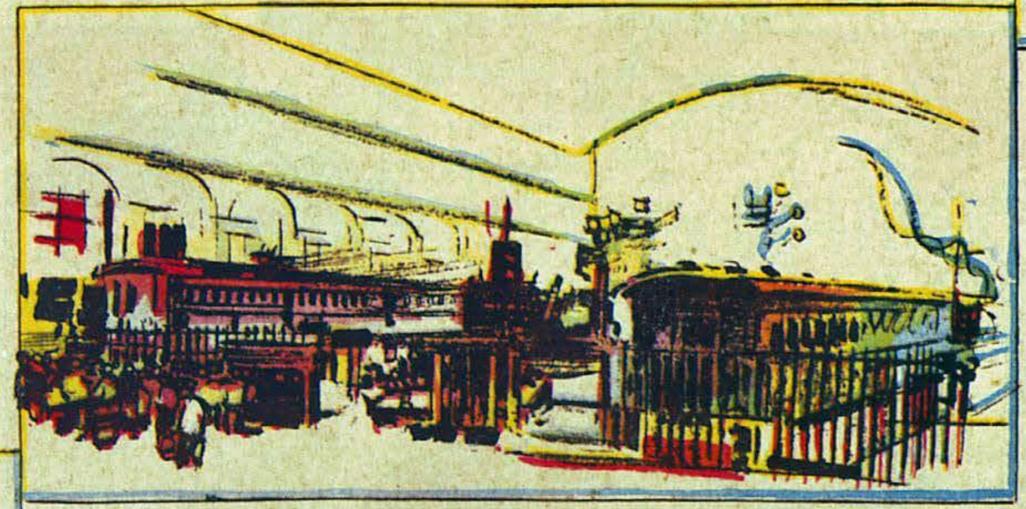


# Biografía de un Empleado

HACE tiempo que cayó en mí la idea de este temer como una semilla en la tierra oscura del entendimiento. Lo meditaba en la tranquila angustia de un hospital mientras llegaban hasta mí los alegres gritos de los estudiantes y los apagados lamentos de los pacientes. Comencé a acarrearle palabras como quien echa leña al fuego para avivarlo, en una estación de ferrocarril, entre el bramido de las locomotoras que tienen nombres como Huracán, el trazo de los trenes, el pánico de los vendedores ambulantes y el grito de la desesperada alegría con que los niños contemplan el paso del tren. En el hospital, contaba las piezas de grasa y verificaba si el proveedor había cobrado por las pampas más que la vez anterior, mientras un doméstico zorzal desgranaba su canto en un pino sombrío. Tenía yo veinticinco años y la incomoda y pertinaz juventud espolcaba con sus urgencias la vasta angustia y los secretos deseos. Una soledad baldía de pensamientos, esa actitud pensativa del que no piensa, era mi actitud habitual. ¿Qué mal empleado era yo! Un tomo de Spengler, el valedurario Savonarola de una decadencia, substituída con harta frecuencia al libro de entradas y salidas de materiales. Amaba en esa época la caligrafía de la idea, un pequeño escolio de Spinoza, una proposición de Kant, una meditación de Pascal, una confesión de San Agustín me abismaban en la incertidumbre y me extrañaban en una senda humilde, convencido de que el gran camino no llevaría a ningún último lugar. Comencé a estudiar medicina, por la que sentía una virisima curiosidad. Pero Testut fué vencido por Nietzsche. Igual cosa acontecía con las ciencias jurídicas; a mí como a Heine me pareció el Derecho Romano la institución más tremenda que hayan inventado los hombres. Habla jurado a mi madre no tomar entre mis manos ningún libro que no fuera de medicina. Todavía recuerdo el episodio. Iba a emprender el viaje trascendental que todo estudiante noble realiza con ansiedad para iniciar sus estudios universitarios. Tomé mi diestra entre sus manos sarment-

que esto sea la juventud! No sabemos hacia donde vamos ni lo que queremos. El amor es entonces una brasa sobre el corazón. Oh terrible recuerdo de la juventud, desierto poblado de oasis a los que jamás puede llegarse. Así pasé muchos años. Tenía dos amigos fieles, un cedro y un banco. Lo buscaba de noche y de tarde

que los sueños, aun en la atenta vigilia, invadían el territorio vedado de la conciencia. No sabía decir cuándo había soñado y cuándo había sentido. Mi cuarto de estudiante tenía una ventana cubierta por una alta persiana que daba hacia el jardín de las monjas. Sutiles, crueles, resignadas, hu-



as para decirme: "Está bien que te gusten las novelas — ¡qué gran sentido puso en el término novela! — pero júrame que leerás únicamente lo referente a tu carrera." Yo le prometí solemnemente. Pero aconteció lo inesperado. Tocóme de compañero de hospital un muchacho que estaba a punto de terminar su carrera. Una tarde yo estudiaba la inserción de los músculos del deltoides en un grueso tomo de anatomía cuando él se puso a leer en voz alta y tono cadencioso el "Así hablaba Zaratustra". Dejé de lado mi Testut y dije en escucharle. Desde entonces leímos juntos por mucho tiempo. Este muchacho era positivista; amaba a Spencer y creía en Augusto Comte. Los médicos no conocen otra filosofía, son los fanáticos de la investigación, los idolatras de las teorías y los santones del progreso indefinido. Desfilaban entonces los tomos de la biblioteca Semper, esos volúmenes que tienen el retrato en óvalo del autor en la parte superior de la tapa. Fumamos así krausistas, maeterlinckianos, románticos, novecentistas, realistas, católicos y socialista. Pero un día mi compañero se volvió loco; un delirio crítico había hecho presa de él. Hablaba de fantásticas bacanales en las que yo intervenía como cómplice. Su madre vino a contarme indignada. "Esto es consecuencia de los libros que usted le ha hecho leer", me reprochó. Un gran terror se apoderó de mí. ¿Estaría loco yo también? No dormía, andaba por las calles a deshoras, vivía en una ausencia absoluta de lo que me rodeaba, creía escuchar voces y sufría alucinaciones.

Nadie ha hablado del infierno que es la juventud. Todos han colaborado en el falso prestigio de esa maravilla. Pasiones, deseos, hambre, sed, pobreza. Esperanza angustiada que se abraza al silencio. Una tarde, recuerdo, acusado por temores sin nombre, no pude soportar más mi soledad y grité: "Dios mío ¡será posible

y ellos escuchaban atentamente mis discursos. Hubiera preferido que como Hamlet se me apareciera un fantasma para conversar con él. Pero nada; todos los mundos me habían abandonado. Cierta vez pasó el amor junto a mí. No recuerdo ni sus palabras ni su semblante. Sólo puedo evocar una mirada de lago y un andar de pantera. Era fría, calculadora, inteligente, perseguida; era irlandesa. Tenía unas maravillosas piernas largas y un paso era avasallador. No recuerdo ahora cómo la conocí.

Usted es un animal que ha pasado muchas necesidades, me dijo la noche en que yo le miraba las piernas como magnetizado. Sonreí y ella se quedó mirando mis dientes blancos. Hablamos de todo y terminé pidiéndome un libro sobre amor para leer en el viaje en tren que hacía dos veces a la semana para jugar al golf. La proposición me pareció un poco cursi y rara. Yo en cuestiones de amor poseo un mismo egoísmo que un Ruskin hablando de pintura. Le mandé el libro de Stendhal para que lo leyera. Reaccionó como si le hubiera puesto un hierro ardiendo en una laguna. Me devolvió el libro con una carta llena de emocionantes insultos. Lo más agradable que decía era que ella no había pedido un libro con fórmulas de aperitivos y que en todo caso más eficaz era la cantárida o la cocaína.

Pasado el tiempo, me mandó buscar en su coche; la orden era terminante; más que un pedido de mujer parecía una conminación del juez del crimen. Pedí un traje a un amigo mío y me afeité lo mejor que pude.

—Lo he mandado llamar, me dijo, porque yo no soy una persona a quien se pueda insultar impunemente.

So quieto a tablonex, su blusa roja y rosa bien ajustada la hacían aparecer como un abogado o un fiscal.

—Yo no la he insultado; a usted la ha perdido su propia ignorancia, le dije.

Una figura de loza voló por los aires; unos gritos anunciaron la aproximación de la tormenta. Comprendí que había llegado el momento de retirarme. De pronto, un impulso extraño me arrastró hacia ella, la estreché en un abrazo y un beso profundo la domesticó sexualmente. Las figuras de loza estuvieron desde entonces más seguras.

Mi realidad era tan baldía

mildes, rencorosas hacían pagar a los enfermos los reveses que la vida les había deparado a ellas. Se ponían en las tardes calurosas a tejer medias en el patio. La más vieja, la Madre Superiora, dirigía la conversación. Yo las escuchaba por tras la persiana. Se reían, se hacían coquillas, se declan chascarrillos. Tenían un jardín, una mistificación de jardín donde las flores — sin olor — parecían padecer el calor que soportaban. Una monja provinciana, trastornada por la aristocracia de ser monja, las recibía con una pequeña regadera. Al atardecer iban en doble fila a rezar a la capilla.

Hacia varias noches que yo soñaba lo mismo. Creía oír una suave música de armonium acompañada por voces de mujeres. Yo veía una gran iglesia; los vitrales trasapados por rayos metálicos en el filo de los cuales estaba sentado un ángel, los freascos de la media naranja parecían elevarse, hasta confundirse con los cielos. La música iba y venía, a veces un olor a incienso confundía con la música. De pronto se oía el agíl tintineo de una campanilla de plata y un calor enorme, refrulgente, radiante se elevaba por encima del altar mayor. Y la música se embalsaba y crecía en un himno de amor a Cristo. Me imaginé que sonreíría contemplando todo esto. Esto de soñar varias veces la misma cosa me pareció anormal, consulté a un médico quien estuvo a punto de escribir un trabajo que enviara a un congreso, sobre mi caso. Pero un día me desperté antes de la madrugada y entonces comprendí que no estaba soñando. Aquella música sonaba muy cerca mío y yo la escuchaba con mis oídos y no con mi ensueño. Las monjas se levantaban muy temprano a rezar sus oraciones y terminaban su sueño hacia la vigilia y de la vigilia hacia el sueño dabanme a mí una profunda emoción de vida aventurada. Canciones tristes escuchadas como el recuerdo, narraciones sabidas con el recuerdo, imágenes dolientes que agranda, nuestras miradas, paisajes jamás vistos que de pronto son nuestros y no sabemos cómo. No sabemos dónde. Atardeceres que ya no emocionan porque no nos importa el acabar de las cosas, electan adioses a barcos perdidos en la bruma, vagas sombras, almas, muchas almas que pasan junto a nosotros y nos llenan de sabiduría sin que sepamos cómo ni por qué. Podemos entender muchas más cosas de los sueños, que en la vigilia. Pero es necesario estar emocionado, comprender el lenguaje de todo lo que

Pablo Rojas Paz

ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

# EL GRAN CAUDILLO ZAPATA,

por Blanca Luz Brum  
ILUSTRACION DE ROJAS

ANTES de la revolución, Zapata fue un "caporal". Donaba los caballos de la aristocrática familia de don Ignacio de la Torre, riquísimo latifundista mejicano y dueño del Estado nativo de Zapata, el Estado de Morelos.

Emiliano Zapata fue el primer hombre que enarbolaron en México la bandera del "agrarismo", exigiendo la devolución a los pueblos de sus tradicionales "ejidos". Así se llaman en México a las tierras comunales pertenecientes desde tiempos inmemoriales a las poblaciones campesinas, y las cuales les fueron arrebatadas por todos los medios para agrandar los interminables latifundios de los señores hacendados.

Zapata era un hombre de real y genuino talento natural y de una profunda convicción revolucionaria.

No tenía el genio militar de Villa, el dinamismo diabólico del cruz guerrero del Norte, pero su tenacidad era inaudita. Zapata no tuvo nunca brillantes victorias militares. No aventuró jamás su causa con alianzas ofensivas. Zapata fue siempre sobrio y medido en su táctica, que consistía siempre en moverse en regiones inexpugnables. Y el paisaje de Morelos, volcánico, agrietado y espinoso, sirvió de cuadro principal a sus campañas.

Zapata hablaba a las masas mejicanas en su propio lenguaje y desde su propia realidad. Su lenguaje tenía ese romántico y subversivo sabor que tenía el que usaban los gauchos en las épocas de las montañas. El sabía hacer que sus palabras llevaran un pensamiento hasta los más lejanos rincones de las sierras de Méjico.

Zapata extendió su propaganda con extensas cartas escritas en terrible ortografía y aun más terrible caligrafía, pero de una belleza lírica maravillosa y de una ardorosa vehemencia revolucionaria. Y pudo leer algunas que posee el general Triana, antiguo soldado de Zapata y más tarde candidato comunista a la Presidencia de la República. En ellas hace comentarios de sabiduría instintiva, pero profunda.

Refiriéndose a la revolución rusa, nos muestra el sentido universal de su pensamiento político: "No estoy luchando solamente por mis indios de Méjico, sino por los campesinos del mundo entero". En algunas manifestaciones está orgulloso de saber que el grito lanzado por sus hombres desde la Sierra del Gilguero en 1909 exigiendo "tierra y libertad" había repercutido hasta "las Rusias", y pregunta cómo hacer para enviar "un propio" (hombre a caballo) al "ejército libertador" de aquel lejano país, pues era necesario "que todos los campesinos del mundo obraran de acuerdo".

Zapata combatía, hablaba y escribía con igual fervor.

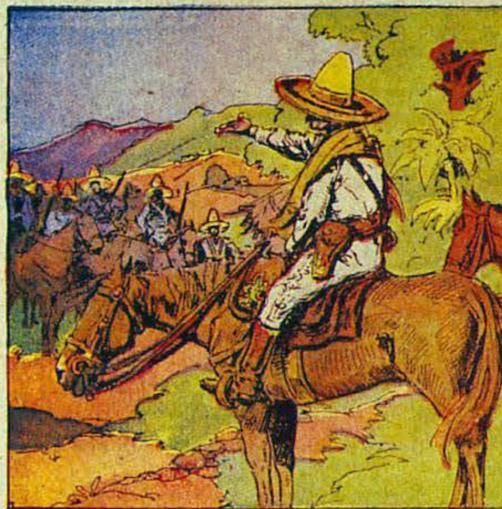
Como todos los grandes revolucionarios, Zapata fue acosado por ofertas corruptoras. El presidente Madero, caudillo de la primera revolución mejicana, abofeteó antes que nadie su pureza revolucionaria. Pretendía hacer que Zapata depusiera las armas y espore pacíficamente la conquista de la tierra se obtuviera por medios legales. Zapata tenía un gran cariño personal por el "caporal" Madero, entonces ídolo popular de Méjico, pero sus palabras mequinas lo derrumbaron del corazón del indomable combatiente. "Se le daría una hacienda riquísima en el Estado de Veracruz a cambio del desarme y desmovilización de su ejército". Se le pedía que entregara a sus hombres. Se le pedía que las cosas volvieran al estado de antes; es decir, se le pedía que las tierras de los pueblos siguieran en poder de los expropiadores criollos y "zuchupines" y que éstos siguieran colizando las vidas de sus peones a cinco pesos por cabeza. Zapata no dijo nada; sin embargo, él mismo abandonó precipitadamente y por caminos ocultos la capital de la República, para volver a su Sierra del Gilguero, y desde donde había de levantar nuevamente con más fuerza aún el incendio de la revolución campesina mejicana.

Y los trovadores populares respondieron a la brava actitud de Zapata iluminando la flor de sus corrijos:

"Dicen que me han de borrar  
la vereda por donde ando;  
la vida me quitarán,  
pero la vereda, ¡cuándo!"

Dijo Emiliano Zapata en las montañas sureñas:  
nada de limosa al pueblo.  
¡Hay que dar toda la tierra!"

Zapata fue perseguido despiadadamente por las mejores tropas del general don Porfirio Díaz. Los generales que las comandaban habían hecho sus cursos militares en Alemania y Francia. Eran alumnos distinguidos de la escuela de San Cir. Pertenecían



do a las aristocráticas familias criollas del país, ponían un celo particular en la empresa: "Los bandidos zapatistas pretendían robarles sus tierras..." El mundo no conoce la bestial carnicería que estos distinguidos militares de sangre aristocrática llevaron a cabo en el Estado de Morelos. Acorralaban pueblos enteros, asesinando a todos sus habitantes por considerarlos unánimemente simpatizantes de la causa agraria. De la violencia sin ejemplo usada por el gobierno de Méjico en esta campaña parte, como consecuencia lógica, el carácter extraordinariamente sangriento que había de tener más tarde la revolución entera en ese país. La violencia engendra la violencia... y el primero que la usa es el responsable... Los bravos estrategas del "invencible" ejército federal mejicano fracasaron en su intento, y Zapata llegó triunfante hasta la capital de la República, y la "ciudad de los palacios" vio indignada desfilarse por sus calles al ejército de los campesinos indios con sus inmensos y agresivos sombreros y los torcos retocados de balas. Hasta los sótanos de las mansiones aristocráticas penetró el sonido bestial de las trompetas de cuerno zapatistas.

Pero la tierra todavía no estaba conquistada. Había que volver a las sierras nuevamente a pelearlas pecho a pecho contra los soldados federales del nuevo gobierno, que no había disuelto al ejército porfiriano. Cuando la política de corrupción empleada por Madero no tuvo éxito, se usó nuevamente de la fuerza. El general Trucí Aubert, de ableno galo, fue enviado a combatir al rebelde. Las escenas de terror se repitieron... pero los valien-

tes campesinos de Morelos resistieron heroicamente, e incendió nuevamente la guerra. Zapata contestó con igual energía, y consiguió desalojar varias veces a las tropas caracristas de sus regiones estratégicas. El gobierno comprendió que Zapata era militarmente invencible, y, cansado de perseguirle de frente, le buscó la espalda. El coronel carrancista Jesús Guajardo, jefe de un sector de las operaciones militares en el Estado de Morelos, escribió al caudillo largas cartas, apareciendo en ellas como ganado por la causa agrarista. "Quería servirla, y demostrar su lealtad, del modo que Zapata se lo pidiera..." Aseguraba en ellas que todos sus hombres lo seguirían. Hasta que al fin Zapata escuchó y cedió, convencido de la sinceridad de Guajardo. Solamente exigía una cosa: era una condición seria y definitiva: el coronel Guajardo demostrara su adhesión a la causa campesina atacando de inmediato la población de Yauatepec, Estado de Morelos, ocupada en ese momento por poderoso destacamento federal. Y el coronel Guajardo no pudo negarse a ello, y aquello fue la más evidente prueba de lealtad para los agraristas. En efecto, en la tarde de ese mismo día, para los agraristas, se echaron sobre Yauatepec en una refriega sangrienta en la que fue totalmente aniquilada la escolta federal y reducido a su tercera parte el batallón del coronel Guajardo. Habiendo tomado ya en su poder el pueblo de Yauatepec, el coronel Guajardo mandó informar al general Zapata de la hazaña, e inevitable a concurrir en persona a la plaza conquistada. Entonces al general campesino no le quedaba ya la menor duda: para ello estaba fresca aun la sangre de tantos hombres; el enemigo había sido desbaratado por su lado más fuerte. Además, ¿podía el indio noble imaginarse semejante traición?... Y fue así como, acompañado tan sólo por su estado mayor, se presentó, casi al caer la noche de ese día, a participar en aquel patético momento en donde actuaba la traición y la sangre...

Entre las casas destruidas, por sobre las cercas trunfadas, situó Guajardo 20 de sus mejores tiradores — no necesitaba más... Y desde la entrada del pueblo le lanzó una descarga errada que le quitó la vida al valiente general indio junto con su estado mayor.

Aniversario de Emiliano Zapata. Cuautla. Lugar de su nacimiento y de donde se fué a la revolución con el grito de "Tierra y Libertad". Una bandera morada y una calavera blanca en el centro.

La memoria de Zapata es cada día más romántica y se pierde en el aire de las montañas del Sur.

Sin embargo, todos los pueblos que rodean al famoso Estado de Morelos siguen empobrecidos y miserables, tal como los dejaron las cruzadas libertadoras de los "bandidos zapatistas".

No hay hombre de 50 años que no recuerde todavía la cara impresionada con el resplandor de aquel tiempo. Y las viejas y los viejos que fueron ricos cuentan a uno el caso de aquella bárbara campesana que pelaba a los pueblos hasta dejarlos sin lumbre por varios meses: "guardábamos la lumbre noche y día bajo la tierra para que se conservara".

Y en este histórico Taxco existe, más que en ningún otro pueblo, un reñor inmortal por Zapata: "los divisábamos desde el Chimborro cuando los miles de bandidos bajaban por la montaña rumbo a Taxco".

Los viejos enterraban el oro, y el templo se llenaba de súplicas inútilmente...

La marcha viril de los revolucionarios se venía encima desde los más remotos y terribles cerros de las montañas.

Los bravos guerrilleros zapatistas, campesinos enjutos y fuertes, con las balas decorándole el cuerpo, con los sombreros más grandes del mundo y en un brazo las ágiles carabinas con las que pedían la tierra.

A Emiliano Zapata le toca un aire de leyenda sangrienta... Pero, ¿qué fué Zapata comparado con otros generales de la revolución mejicana, cuyas "hazañas" se disimulan con cautelosa política?

Emiliano Zapata fué el más auténtico revolucionario de su época. Su lucha, su valor, su tenacidad, estaban parados sobre una idea de positiva justicia social: Toda la tierra para los pobres, sin años y sin capataces.

# EL TANQUE DE GUERRA

OS norteamericanos poseen y manejan más máquinas de toda clase, desde excavadoras hasta encendedoras automáticas, que los hombres de cualquier otra nación, y son notoriamente los primeros en su entusiasmo por los automóviles. Es extraño que gente tan mentalmente mecánica no esté asimismo al frente de la mecanización de los ejércitos militares. Pero, al demostrar que el ejército de los Estados Unidos no sigue a este respecto las inclinaciones nacionales, bastaría con referirse a las publicaciones de índole militar que se editan en la Unión. Durante los años últimos, casi todos los números de las publicaciones traen uno o más artículos acerca de las nuevas máquinas militares de guerra, pero en la mayoría de los casos esos artículos se limitan a describir, simplemente, los equipos o experimentos realizados en cualquier otro país, generalmente Gran Bretaña.

Recientemente, la cuestión de la militarización mecánica ha sido planteada en todos sus términos en la Conferencia para el desarme celebrada en Ginebra, con la proposición de los delegados norteamericanos para que los tanques, a igual que otras armas que se suponen especialmente adaptadas para tácticas de ofensiva, fueran abolidas por un acuerdo internacional. Esto hace que sea hora de que se considere brevemente la historia del tanque, sus características presentes, su influencia en el arte y práctica de la guerra.

Las ideas que lo respaldan son harto simples. Las carrozas eran cosas antiguas en los días faraónicos. Que un espesor suficiente del acero detendría una bala, era obvio hace muchos años. Los tractores de arados que podían atravesar terrenos difíciles, se conocen desde comienzos de siglo, y fueron adoptados a prueba por los rusos. Pero en el invierno de 1914, cuando los soldados del Norte de Francia se debatían y morían entre el lodo, mientras sus jefes trataban de hallar una técnica ofensiva que les permitiera sobreponerse al terrible poder defensivo de las ametralladoras y los alambres de púas, hubo un día o tres hombres entre las naciones beligerantes que sintetizaron estas ideas tan simples en el plan de construcción de un vehículo blindado para cruzar campos, movido por un motor de combustión interna y armado para la acción ofensiva.

El hombre que más claramente planeó esa máquina fue descrito en la forma en que debía emplearse en la lucha, fué el mayor general E. D. Swinton, del cuerpo de los British Royal Engineers. Este militar es lo que los ingleses llaman un "muchacho leído": solía escribir relatos breves acerca de la guerra y sobre temas científicos, cosa que hacía admirablemente bajo el pseudónimo de Old Lub-Ole. A principios de octubre de 1914, desarrolló su concepto sobre la máquina que debió conocerse con el nombre de tanque, y presentó sus puntos de vista a personas que estaban en el gobierno. Estos llegaron a conocimiento de

Winston Churchill, que se apoderó ávidamente de la idea. Fué debido a su ayuda que se fabricaron tanques para el ejército británico a mediados de 1916. Esta es una de sus pocas actividades que han logrado escapar a las críticas generales que se le hacen.

También se debe al general Swinton el nombre que llevan. En diciembre de 1915, cuando la construcción de los primeros modelos estaba bien adelantada, hubo que inventar un nombre para esas máquinas, que permitiera referirse a ellas en la correspondencia sin que ello delatara el secreto. Hasta ese momento eran llamados naves de tierra o arados "destroyers" ametralladoras. Como esos vehículos blindados serían en cierta forma grandes calderas, se les ocurrió denominarlos "tanques". El nombre resultaba tan conveniente, que le quedó para siempre, incorporándose al idioma de casi todos los países. Los franceses, cuando fabricaron los primeros tanques de guerra, en 1917, le dieron el nombre de "chars d'assaut", o, desde el momento que quedaban incorporados a la artillería, se les llamaba "artillerie lourde d'assaut".

Los alemanes, con ese don que tienen para la tersa nomenclatura, los bautizaron "panzerkraftwagen". Pero, tanto en el ejército francés como en el alemán, encontraron que la denominación inglesa era de más fácil uso, y a pesar de las incitaciones de patriotismo filológico, no dejaron de usarla.

Los partidarios del tanque afirman que cuando se contó con ellos en número suficiente, y cuando se emplearon tácticas adecuadas a sus características, se lograron grandes victorias a poco costo. Los grandes días del tanque fueron los de noviembre 20 de 1917, en Cambrai; julio 18 de 1918, al Oeste del saliente de Soissons; agosto 8 de 1918, ante Amiens. En todas estas batallas, fueron rotas las líneas alemanas en un amplio frente y se consiguió una fuerte penetración. Muchos de los enemigos perecieron en esos encuentros y se tomaron muchos prisioneros con insignificantes bajas para los atacantes. El resultado de estos combates, comparado con batidos de sangre como los de Artois, 1915, Verdun y Somme, 1916, y Ypres, 1917, cuando la infantería atacante luchó en medio del lodo durante meses para conseguir, a un precio diez veces mayor en bajas, el mismo avance conseguido en un solo día en las batallas con tanques, demuestra la eficacia de éstos.

Desde 1918, el tanque ha sido perfeccionado en muchos aspectos. Se ha adelantado al respecto en grado comparable a lo alcanzado en materia de modelos de automóviles comunes, en los quince años iniciales de nuestro siglo.

Todo el mundo ha visto fotos o vistas cinematográficas de los tanques de guerra, por lo cual no voy a perder tiempo describiéndolos. Debo decir, empero, que las características del tanque que están en su armadura, en su capacidad para salvar obstáculos tales como trincheras, parapetos y pozos producidos por los proyectiles. En general, puede decirse que la armadura de los tanques empleados durante la última guerra, variaba de me-

diada a muy poco más de una pulgada de espesor, la mayoría de las cuales resistían casi todas las balas de rifles y ametralladoras de calibre común. Algunas armaduras de los tanques, podían resistir las balas de cañones pequeños (salvo en los casos en que eran disparados a escasa distancia), si los proyectiles los alcanzaban desde arriba. La armadura en los tanques actuales, varía de un cuarto a varias pulgadas de espesor en algunos modelos experimentales superpesados. Los tanques

blecidas sobre suelo francés que lo cercaban. Por lo tanto, debía ser capaz de atravesar anchas líneas de defensa. Esta finalidad sólo era posible, construyendo tanques largos. Actualmente, la capacidad de cruzar trincheras, es considerada una condición menos importante en la fabricación de tanques destinados a la guerra móvil. Sin embargo, el tanque "standard" común, británico, puede todavía cruzar una abertura de trinchera de seis pies.

Las referencias que señalo ahora, consisten en que se ha

conseguido un gran adelanto en lo que concierne a la movilidad del tanque. Los tanques empleados durante la guerra, tuvieron corta vida mecánica; era una excepción que alguno de ellos pudiera recorrer cuarenta kilómetros, participando en una acción, sin necesidad de reparaciones. Esos tropezados mecánicos han sido eliminados, pero aún así, la máquina no parece merecer la confianza que suele inspirar cualquier tractor agrícola. Los que van en ella, deben realizar gran número de reparaciones, en largas marchas, y deben ser acompañados por talleres transportables de reparaciones.

Pero, a pesar de estos inconvenientes, el tanque moderno constituye un poderoso elemento de guerra. Puede salvar en quince o veinte horas la distancia que demanda una semana de marcha a una división de infantería. En la acción, es invulnerable al fuego común de los proyectiles de infantería, y debido a su celeridad, es difícil que pueda servir de blanco a la puntería de la artillería de campaña. Cualquiera con un mínimo de imaginación, comprende que la máquina está destinada a influir profundamente en la táctica y organización de los ejércitos... probablemente en el

mismo grado que influyeron en su hora el vapor y las planchas de acero en la marina de guerra.

A despecho de todo esto, actualmente se libra una acre controversia acerca de la actitud a adoptarse para el empleo de los tanques en toda su potencia. La posición del partido moderado, cuyo más alto sacerdote es el mayor general J. F. C. Fuller, del ejército británico, afirma que los proyectiles a emplearse en la contienda, cuando están protegidos por una armadura y son transportados en vehículos movidos a motor, surten mayor efecto que cuando son transportados por hombres o equinos y manejados por hombres que no cuentan con coraje alguna para su protección. Se señala con insistencia que mientras la infantería, tal como actualmente está armada, es sumamente fuerte en la defensiva contra otra infantería, no puede hacer nada contra la ofensiva de aún pocas ametralladoras. Sin embargo, la infantería, de acuerdo con las teorías tácticas más comunes, es el arma que debe acercarse al enemigo y confirmar la victoria.

La conclusión de los moderados consiste en que con el vehículo blindado se puede tomar la ofensiva, contando con ventajas de movilidad y facilitando las sorpresas (lo que hace aplicable los más importantes principios de la guerra). Por lo tanto, los tanques deben ser reconocidos como elementos decisivos y debe contarse con ellos en el mayor número posible, en el auxiliar de la infantería relegada al rol auxiliar de guarnecer fortalezas y luchar en regiones montañosas y boscosas, donde los tanques no pueden maniobrar con facilidad.

Sostienen los "fundamentalistas" militares que el tanque no es aún más que un auxiliar de otras armas, particularmente de la infantería. Hacen resaltar que un tanque operando por sí mismo, se halla en cierta desventaja. Por ejemplo, puede verse detenido por montañas, fangales y bosques que la infantería puede atravesar; no puede despejar una línea enemiga, acampada detrás de un río, sin ayuda de otras armas, y que las fuerzas de tanques, por sí mismas, en su presente estado de desarrollo, no pueden asegurar su propia seguridad, una vez que quedan aislados de los destacamentos de reconocimiento, una vez en acción.

¿Cuál es la definición del tanque de guerra? Es un vehículo movido a motor, acondicionado para atravesar terrenos comunes, protegido por planchas de acero y que transporta ametralladoras. Suponiendo que los tanques son así definidos, ellos quedan prohibidos para su empleo en los ejércitos. ¿Sería posible prohibir el desenvolvimiento de tanques "ersatz", disimulados como tractores agrícolas o como vehículos comerciales para cruzar el desierto del Sahara? Y si, finalmente, la Conferencia del Desarme hubiera acordado la prohibición de ve-



Arlington B. Conway  
ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI



# El Lento Suicidio de Diocleciano

por  
JOSE TUNTAR

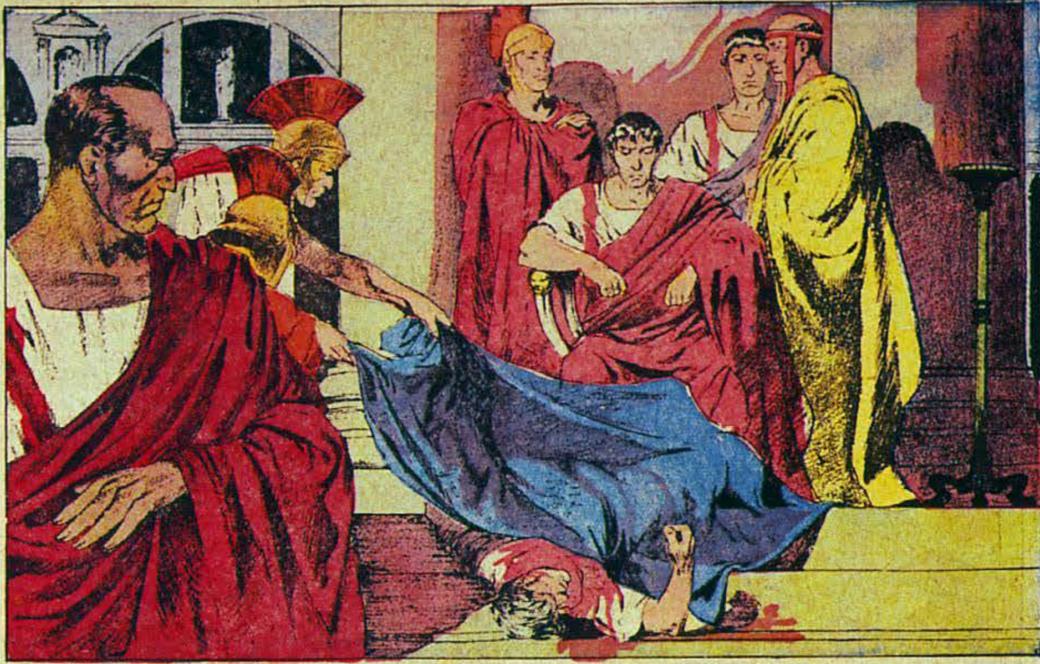
CUANDO, hacia la mitad del siglo III, después de Jesucristo, nació en una lejana ciudad dálmata (Iliria) Cayo Valerio Diocleciano, el Imperio romano y Roma parecían marchar hacia un rápido derrumbe. Diocleciano tenía treinta años, cuando esa situación inestable del Imperio pareció encontrar su punto de equilibrio. Había subido al trono Aureliano, que supo tomar en sus manos todas las fuerzas del Estado, con ánimo bastante fuerte para frenarlas y guiarlas. Pero la brevedad de su reinado y algunas faltas en su sentido político, hicieron su gobierno menos eficaz de lo que hubiera podido ser.

## Las brujas gálicas

Diocleciano, que como buen provinciano de humilde nacimiento había emprendido la carrera militar, la única que podía abrir a un hombre con prendas físicas y morales un porvenir, había, justamente entonces salido de los grados inferiores, destacándose por sus dotes militares. Hombre muy reflexivo, taciturno, místico más que religioso, buen conocedor de las personas, inteligente y ambicioso, había tenido la ocasión recorriendo el vasto imperio como soldado, de estudiar hombres y cosas, ver los aspectos de unos y las dificultades de otras.

Un día, encontrándose en la Galia (Francia), una bruja le había vaticinado el Imperio a él, el pobre soldado sin plata alguna y todavía desconocido, a condición: que matara a un jabalí (león). En su espíritu, agitado constantemente por una intensa ambición, habíase desarrollado desde aquel día una nueva energía y se lanzó hacia el porvenir con el entusiasmo de aquel que por fin entrevió la realización de un sueño largamente acariciado.

Más los emperadores se sucedían unos a otros y el permanencia lo que siempre había sido: oscuro, desconocido, olvidado; cazaba, en verdad, jabalíes en las montañas boscosas de la Galia, para dar cuerpo a la profecía de la sacerdotisa druídica, la que le había vaticinado el Imperio. El mataba jabalíes, pero otros tomaban en sus manos rapaces y ávidas los destinos del Imperio. Diocleciano tuvo la virtud y la fuerza de esperar su hora. Preveía que Roma, hacia la cual sentía un afecto muy profundo, había, dentro de poco tiempo necesitado de un brazo de hierro para darle una nueva organización al interno y defenderla contra los "bárbaros" que ya



El palacio de Aspálato

Después de la restauración se sintió invadido por el desolado irreflexivo de un largo descanso en aquel villorrio de Aspálato, cerca de la nativa Salomá, donde tantas veces había envidiado a los pobres pescadores su vida sencilla y sin gloria. Y mientras Salomá edificaba el soberbio arco triunfal para la exaltación de la majestad del imperio, la gloria de cuatro cesáres, las empresas del hijo de Júpiter y la servilidad de los vencidos; mientras en Roma se construían las termas grandiosas, que debían perpetuar el nombre del supremo señor y árbitro del mundo; mientras sobre las ruinas de Cartago se inauguraban otras termas y nuevos y largos caminos se abrían en el continente negro, no lejos de Salomá surgía, por el febril trabajo de ingenieros, artistas, obreros, esclavos y penados, el magnífico edificio, que más que todos los otros monumentos recordaría a la posteridad la memoria del dálmata augusto.

El espíritu cansado, las fatigas físicas y morales sostenidas, las luchas incansables ofrecían a la nebulosa senil un terreno extraordinariamente fértil. Y todo en torno a Diocleciano era silencio y tristeza. De su unión matrimonial con Prisca, había tenido una hija, Valeria; para las dos mujeres, ya conquistadas a la fe cristiana, la enérgica confianza del emperador pagano en los destinos de Roma y la continua separación que él les imponía — ellas vivían en un palacio distinto en Nicomedia — debían aparecer como una locura. Privados de todo consuelo y recuerdo feliz, solo y prisionero de un férreo deber que Roma le había fatalmente impuesto, Diocleciano concretó su sueño de paz, decidido a gozarse en el magnífico aislamiento que su palacio de Aspálato le ofrecía junto a la visión del Adriático.

## ¡La sangre hasta las rodillas!

En este momento en que el Imperio reorganizado parecía incommovible, llegó en Nicomedia al misistiro emperador la noticia de que Alejandría (Egipto), la turbulenta Alejandría, se había levantado en armas, proclamando un nuevo emperador en la persona de Domicio y atentando así a las unidades del Estado y a la obra ciclopea del gran dálmata. Una ira incontenible invade el alma sólitamente serena del señor del mundo y lo empuja a una punición terrible, sin piedad. ¡Estaba en juego la suprema salvación de Roma! Poco después Diocleciano llegaba con su ejército ante Alejandría, que le cerraba las puertas. El sitio se prolongó por varios meses, pero finalmente los rebeldes cedieron y esperaron el estallido del rayo. El emperador hizo su entrada a caballo y ordenó el degüello: la sangre debía inundar a la ciudad rebelde, y sólo cuando hubiera llegado hasta las rodillas de su caballo ordenaría la cesación de las matanzas.

Diocleciano avanzaba entre la bestial puerria de los soldados, borrachos de sangre y botín, y las desesperadas imploraciones y

quejidos de la muchedumbre exterminada sin piedad; de improviso, su caballo resbaló y, cayendo, manchó de sangre sus rodillas. El emperador, que desde su lejana juventud se había siempre esforzado en escrutar la voluntad de los dioses, quedó impresionado por aquel pequeño accidente. Se arrojó la pensativa frente del caballero y en sus ojos brilló la intuición de una suprema orden divina, a la que había que inclinarse. El degüello cesó en seguida por expresa disposición del hijo de Júpiter. Alejandría entregó al verdugo a aquellos que la habían sublevado contra la majestad romana y saludó con júbilo la clemencia del soberano. Una columna conmemorativa expresó más tarde a la posteridad esa gratitud de esclavos y la magnanimidad de sus dios.

## Las persecuciones contra los cristianos

En el ejército, como doquier, el cristianismo había hecho en los últimos tiempos muchos adeptos hasta en los grados más altos. César Galerio en Salónica y yerno de Diocleciano, por haberse casado con Valeria, exageró ante el ya viejo monarca el peligro que representaba para la unidad militar esa infiltración "exótica". Diocleciano, cuya gran obra reorganizadora se basaba principalmente sobre la firme lealtad del ejército, aumentado por él de 300 mil a 500 mil hombres, quedó muy impresionado por el informe de Galerio e impartió la orden de averiguar escrupulosamente las creencias religiosas de los soldados y en primera línea de los oficiales y jefes. La orden era de proceder con mucha moderación y tacto. Al mismo tiempo el dálmata supersticioso quiso consultar a los dioses y la constatación, sacada de las entrañas de los animales sacrificados, fue que "la estabilidad del Imperio corría un grave peligro". El emperador, ante los cálidos ruegos de su hija Valeria, vaciló por algún tiempo en tomar medidas más enérgicas; pero al fin, apremiado por Galerio y el Consejo de Estado, ordenó una severa depuración militar. ¡La salvación del Imperio ante todo!

Galerio, que aspiraba a la sucesión, no estaba aún satisfecho y pedía medidas más eficientes. Diocleciano pensó interrogar esta vez al famoso oráculo de Apolo Didimeo. Esperó con intensa trepidación la respuesta, del día, y cuando supo que era desfavorable para los cristianos, inclinó su cansada frente ante la voluntad divina y firmó el edicto, que debía alcanzar también a su mujer y a su hija y, manejado por sus lugartenientes (cesáres), provocó una de las más espantosas persecuciones anticristianas, no obstante haber Diocleciano declarado en el acto de la firma que él no permitiría ningún derramamiento de sangre.

## La abdicación

El 20 de noviembre del año 305, Roma vio por última vez a su gran soberano, el cual había querido celebrar con fastuosa pompa

Ilustración de  
PREMIANI

la renovada unidad y estabilidad del Imperio. Apareció a todos cansado, enfermo, casi quebrantado. El 1 de mayo del año 305, Diocleciano renunciaba en Nicomedia, con una sencilla ceremonia, a la corona imperial y, acompañado de una modesta escolta, se dirigía a su palacio de Aspálato en la nativa Dalmacia.

Las latinas siluetas del imperial palacio — el que, mirado desde el azul Adriático, sonreía con la gloria de los pórticos y atrios abiertos a las bellezas y fascinaciones de la naturaleza y que, visto desde tierra firme, aparecía triste y oscuro depositario de tormentosas angustias y trísticos terrores — iban perfilándose desde lejos al pequeño cortejo, que acompañaba en el voluntario destierro al imperial señor.

¿Qué ocurría en el imperio de Roma? Jamás, desde que sobre la Ciudad Eterna resplandecía el sol, había acaecido un hecho similar: espontáneamente, sin coacción alguna, su soberano, que desde más de veinte años reinaba seguro en su trono, renunciaba al poder supremo, tan codiciado por todos, viejos y jóvenes, y se retiraba tranquilo a la vida privada. Todo el mundo quedaba profundamente impresionado y asombrado. La verdad era que el anciano emperador se encontraba realmente cansado y enfermo, lo que, sin embargo, no le hubiera impedido tener por algunos años más las riendas del Estado. El quería más bien asegurarse, antes de morir, si la organización dada por él al Imperio podría funcionar aún sin él.

## El derrumbe de la gran obra

No habían transcurrido dos años y ya la constitución diocleciana parecía temblar desde sus cimientos. El principio selectivo era desnaturalizado por los apetitos dinásticos de los Cesáres. Costanzo moría y su hijo Constantino era proclamado emperador, mientras Masencio llamaba a Roma, a los pretorianos, el elemento perturbador, al que Diocleciano despojara de toda influencia política. Masencio luchaba contra el hijo de Masencio y el hijo contra el padre. La confusión era general. Diocleciano abandonó apresuradamente su tranquilo retiro y corrió a Carnunto en la Panonia para poner de acuerdo a los varios rivales. Suplica, amenaza, pero en vano.

Era el derrumbe completo, aunque momentáneo, por cuanto el gran restaurador no podía prever que uno de los rivales, Constantino, iría, después de algunos años, a proseguir y consolidar la obra por aquel concebida y realizada. Diocleciano regresó a Aspálato con el corazón despedazado, decidido a abandonar el Imperio a su destino. Acaso no hay mayor tristeza que la de quien ve derrum-

Para que se cumpliera la profecía, mató jabalíes...



sueños y sólo queda como carcajada mefistofélica la certeza de que todo en el mundo es supremamente vano. El espíritu de Diocleciano ya no estaba muerto, faltaba solamente la disolución material.

## La última invocación: ¡la hija!

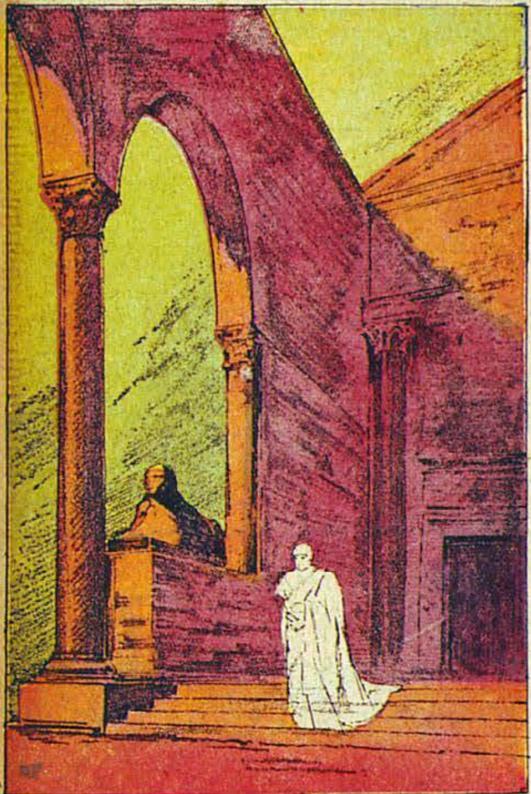
En la angustia insostenible de su ánimo quebrantado, ahora que veía cuán inútil había sido el sacrificio de todos los afectos a la grandeza de Roma y del Imperio, procuró encontrar en sus últimos días al menos el consuelo de la esposa y la hija. Particularmente invocó a esta última, Ifigenia, más verdadera y mayor, sacrificada por el padre al interés superior del Estado, viuda de Galerio, de quien había sido esposa, atormentada e infeliz. Se hizo humilde y suplicó que la dejaran venir, que no se la destinara a peores apetitos y nuevos sufrimientos y que no vagara desterrada por el mundo, más infortunada que las más humildes mujeres del imperio. Nadie se conmovió, nadie respondió. Valeria hubiera tal vez podido consolar con su fe cristiana las postreras horas paternas y hacer vislumbrar al grande anciano vencido, una piadosa ilusión que velara de dulzura sus últimos instantes.

## Se deja morir de inanición

La cruel fatalidad, que encierra a los hombres en las profundas tinieblas de su impenetrable misterio, privó a Diocleciano hasta de este último consuelo. Las sombras de su invencible angustia se acrecentaban cada día más y en los vacíos salones, ricos de mármoles y elegancias, de su palacio de Aspálato su cuerpo cansado, deshecho, vagaba cual un fantasma de ultratumba. El Adriático azul parecía llevarle en sus olas las áspers amarguras de todos sus vanos sacrificios. Agitado, convulso, tremechando, esperó en los momentos de calma que una vela trajese del mar una cara amigable o que el guardia de la torre gritase desde tierra un nombre benigno. Nada. En su espíritu enteramente deprimido sintió entonces el frío de la extrema vejez, el peso de sus setenta años inútilmente vividos. Estremeciese ante la visión de días aún más sombríos y tuvo la serena conciencia de que los dioses, en quienes él había siempre confiado, han ofrecido al hombre los medios de procurarse la libertad, cuando más oscura lo atormenta la opresión del destino.

Con un estoicismo digno de su misticismo intelectual, con un alto sentido de su misión, que no debía terminar aún más miserablemente, con fiereza de dálmata y romano, Diocleciano pensó dejarse morir lentamente de hambre. En un día en que sobre el airado mar de su patria el vendaval sacudía las olas y rugía contra el hosco palacio, la fatigada silueta del anciano se desmoronó para siempre: los últimos leales servidores encontraron el cuerpo del emperador sobre el piso del pórtico, adonde había llevado sus postreras desilusiones y congojas, con los ojos verdes abiertos acaso para una extrema y ansiosa interrogación al duro destino que lo había abatido, la boca imperiosa, contraída en un escarnio atroz, las manos crispadas, en un trágico gesto de desafío y desesperación.

El soberbio mausoleo, que se había hecho construir en su mismo palacio frente al templo de Júpiter Optimo Máximo Capitolino, a quien consagrara, con fe de creyente y romano, toda su vida, acogió en el sacrilegio de pútrido el cuerpo del viejo fatal y por última vez la púrpura imperial lo cubrió a la vista del mundo.



amenazaban las fronteras septentrionales y orientales del imperio. Y no dudaba que aquel brazo no podía ser otro que el suyo.

Entretanto había subido al poder Probo, gran general y productor de hombres. Probo "descubrió" a Diocleciano entre las sombras que lo rodeaban, y lo llamó a los más altos cargos militares. El provinciano dálmata fue así gobernador, cónsul, jefe de la guardia imperial y en el semillero de hombres, salidos de la escuela de Probo, supo crear un partido, ganar autoridad y recoger sufragios. ¡La gran hora iba aproximándose!

## Se cumple el vaticinio de la bruja

En el año 284 la campaña contra los persas, que tan tenazmente y sin descanso corrían el flanco derecho del imperio, había terminado con óptimos resultados. Pero el emperador Caro, alcanzado por un rayo, había muerto en Ctesión, que, según las leyendas, constituía el término fatal, más allá del cual ningún príncipe romano podía llevar las armas. El ejército regresó a través del Asia Menor y había llegado cerca de Nicomedia, no lejos de Bizancio, la futura Constantinopla. Numeriano, hijo de Caro, por estar enfermo de la vista, era llevado en literas. Aquel se había casado con la hija de Apro (Aper), prefecto del pretorio, una especie de vice-emperador. Apro creyó llegado el momento propicio: de la prefectura al Imperio, el paso era breve y podía intentarse. No era difícil para un suegro asesinar a un yerno; bastaba superar el obstáculo moral. Y Numeriano, ya proclamado emperador, cayó.

Transcurrían los días y en la litera imperial no se advertía ya movimiento alguno: los soldados marchaban silenciosos, acaso para no turbar el profundo reposo de su jefe. Apro seguía afirmando que la enfermedad era grave. Empezo, la incipiente putrefacción del cadáver y el consiguiente hedor revelaron el misterio de aquel sueño demasiado intenso y largo; la litera fue abierta y el crimen quedó descubierto. Apro fue acusado y llevado ante los altos oficiales del ejército para que justificara su conducta. El partido de Diocleciano supo aprovechar este momento de incertidumbre y lo proclamó emperador.

Cuando aquel hombre meditabundo oyó las voces que lo aclamaban emperador, tuvo como un súbito despertar y, mirando al sol e invocándolo como testigo de su acto, desenvainó la espada y exclamó, clavándola en el pecho de Apro: "Este es el asesino de Numeriano!" Y, recayendo sobre el escudo, añadió en voz baja: "Por fin he matado al jabalí (león) fatal!"

## La reorganización del Imperio

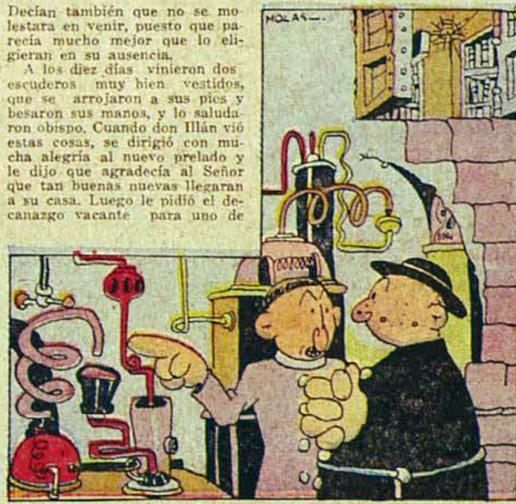
Derrotado Carino, hermano de Caro, a la confluencia del Mar Negro y el Danubio (Servia), Diocleciano entró en Roma. La primavera del año 285 contemplaba un hecho verdaderamente nuevo en los annales del Imperio: un soberano que subía al trono con el admirable designio de imponer la paz por la clemencia. Mas al mismo tiempo era preciso repeler las huestes bárbaras que desde varios lados amenazaban franquear las fronteras sagradas de la Ecuemene. Y el mundo vio por segunda vez, desde los tiempos de Julio César, a las águilas romanas volar desde las Galias al Eufrates, desde el Danubio a la Libia y Etiopía. Los planes, las instrucciones y las órdenes partían de Nicomedia, a donde Diocleciano había transportado el cuartel general, por ser aquella ciudad el centro estratégico más cercano al flanco más débil del Imperio.

Aplastados los enemigos externos, Diocleciano emprendió la reorganización administrativa interna, lo que sirvió después como base a la iglesia católica para asentir su dominación espiritual en el mundo. Concluyó la gran obra, el dálmata infatigable se vio presa de la fiebre de las construcciones. Por doquier en el inmenso imperio se alzaron templos, termas, arcos, acueductos, nuevas y opulentas ciudades. La ambición del poder supremo no había sido para él sino un medio para alcanzar el "reino" del reino de su alma latina: la restauración de Roma en su poderío universal y eterno.

# El Brujo Postergado

EN Santiago había un deán que tenía codicia de aprender el arte de la magia. Oso decir que don Illán de Toledo la sabía más que ninguno, y fué a Toledo a buscarlo.

El día que llegó enderezó a la casa de don Illán y lo encontró leyendo en una habitación apartada. Este lo recibió con bondad y le dijo que postergara el motivo de su visita hasta después de comer. Le señaló un alojamiento muy fresco y le dijo que lo alegraba mucho su visita. Después de comer, el deán le refirió la razón de aquella visita y le rogó que le enseñara la ciencia mágica. Don Illán le dijo que adivinaba que era deán, hombre de buena posición y buen porvenir, y que tenía ser olvidado luego por él. El deán le prometió y aseguró que nunca olvidaría aquella merced, y que estaría siempre a sus órdenes. Ya arreglado el asunto, explicó don Illán que las artes mágicas no se podían aprender sino en un sitio apartado, y tomándolo por la mano, lo llevó a una pieza contigua, en cuyo piso había una gran argolla de hierro. Antes le dijo a la sirvienta que tuviese perdices para la cena, pero que no las pusiera a asar hasta que le mandaran. Levantaron la argolla entre los dos y descendieron por una escalera de piedra muy bien labrada, hasta que al decirle la sirvienta que habían bajado tanto que el hecho del Tajo estaba sobre ellos. Al pie de la escalera había una celda y luego una biblioteca y luego una especie de gabinete con instrumentos mágicos. Revisaron los libros y en eso estaban cuando entraron dos hombres, con una carta para el deán, escrita por el obispo, su tío, en la que le hacía saber que estaba muy enfermo y que si quería encontrarlo vivo, no demorase. Al día le contrariaron mucho estas nuevas, lo uno por la dolencia de su tío, lo otro por tener que interrumpir los estudios. Optó por escribir una disculpa y la mandó al obispo. A los tres días llegaron unos hombres de luto con otras cartas para el deán, en las que se leía que el obispo había fallecido, que estaban eligiendo sucesor, y que esperaban por la gracia de Dios que lo eligieran a él



Decían también que no se molestara en venir, puesto que parecía mucho mejor que lo eligieran en su ausencia.

A los diez días vinieron dos escuderos muy bien vestidos, que se arrojaron a sus pies y besaron sus manos, y lo saludaron obispo. Cuando don Illán vio estas cosas, se dirigió con mucha alegría al nuevo prelado y le dijo que agradecía al Señor que tan buenas nuevas llegaran a su casa. Luego le pidió el decanazgo vacante para uno de

cordó la antigua promesa y le pidió ese título para su hijo. El arzobispo le hizo saber que había reservado el obispado para su propio tío, hermano de su padre, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Tolosa. Don Illán no tuvo más remedio que asentir.

Fueron para Tolosa los tres, donde los recibieron con honores y misas. A los dos años, recibió el arzobispo mandaderos del Papa que le ofrecía el capelo de Cardenal, dejando en sus manos el nombramiento de sucesor. Cuando don Illán supo esto, besó los pies de Su Santidad, le recordó la antigua promesa y le pidió el cardenalato para su hijo. El Papa le amenazó con la cárcel, diciéndole que bien sabía él que no era más que un brujo y que en Toledo había sido profesor de artes mágicas. El pobre D. Illán, desesperado, dijo que iba a volver a España y le pidió algo para comer durante el camino. El Papa no accedió. Entonces don Illán (cuyo rostro se había remozado de un modo extraño), dijo con una voz sin temblor:

—Pues tendrá que comerme las perdices que para esta noche encargué.

La sirvienta se presentó y don Illán le dijo que las usara. A estas palabras, el Papa se halló en la celda subterránea en Toledo, solamente deán de Santiago, y tan avergonzado de su ingratitude que no atinaba a disculparse. Don Illán dijo que bastaba con esa prueba, le negó su parte de las perdices y lo acompañó hasta la calle, donde le deso felíz viaje y lo despidió con gran corteza. (Del "Libro de Patronio", capítulo 11. (Año de 1330).